

El **CORSARIO** **AZUL**

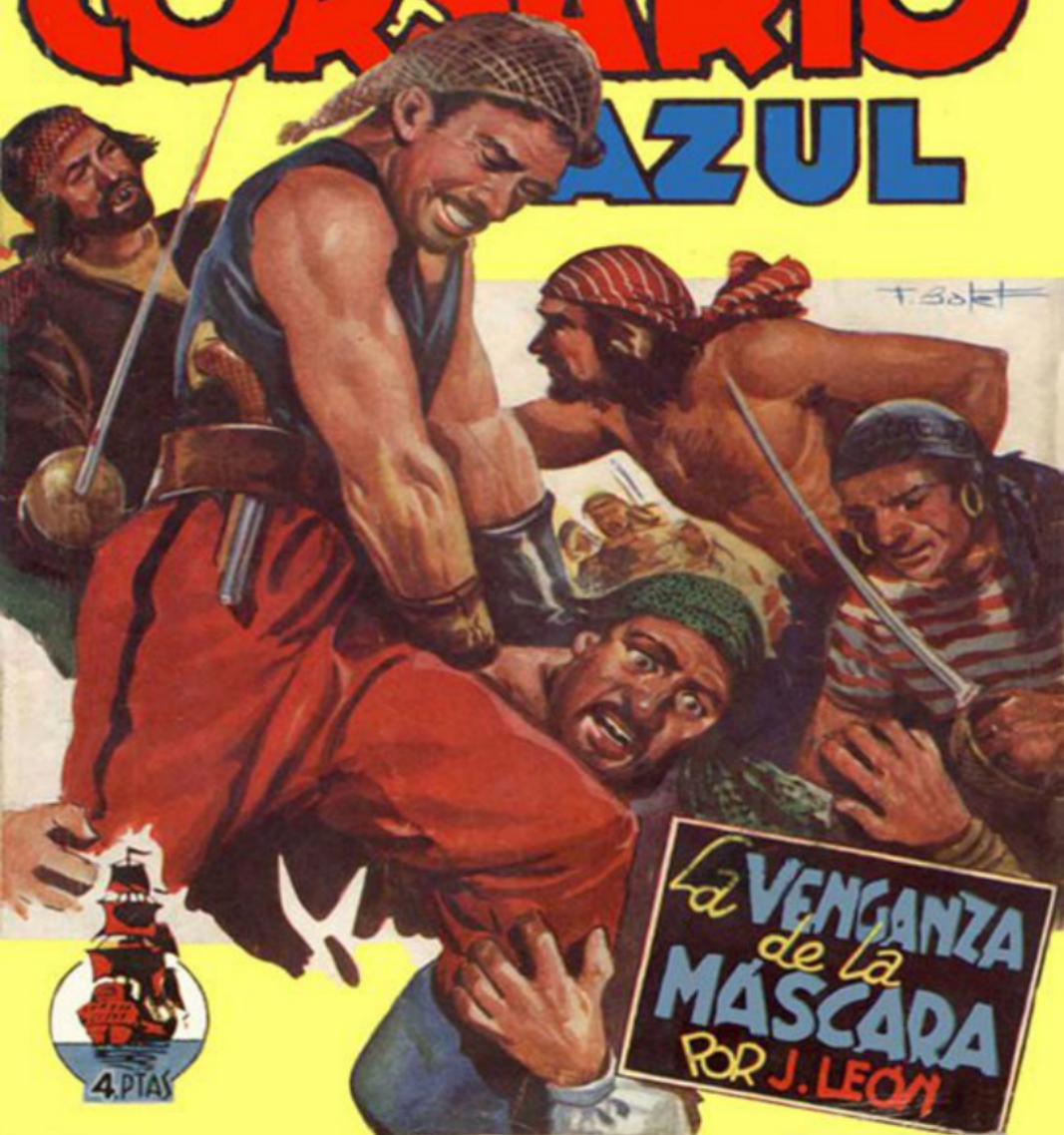


Table of Contents

La venganza de La Máscara

CAPITULO PRIMERO

CAPITULO II

CAPITULO III

CAPITULO IV

CAPÍTULO V

CAPITULO VII

CAPITULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPITULO X

CAPITULO XI

CAPITULO XII

Créditos

Notas a pie de página

Annotation

Donde se narra la trágica historia de La Máscara y la culminación de su venganza, dando adecuado castigo al fementido y traidor villano, así como un final feliz de su aventura acabando en los lazos de Cupido. Donde se narra la trágica historia de La Máscara y la culminación de su venganza, dando adecuado castigo al fementido y traidor villano, así como un final feliz de su aventura acabando en los lazos de Cupido.

La venganza de La Máscara

El **CORSARIO** **AZUL**

RJ J. LEÓN



La venganza de la Máscara

Ediciones  Clipper

PUBLICADOS

- 1.- Aventureros del mar
- 2.- La Máscara
- 3.- La venganza de la
Máscara

El próximo:

- 5.- Tormenta sobre
Yucatán

Primera edición: Abril 1949

NOTA: Los nombres de los personajes y las situaciones en que se suceden los relatos publicados en esta colección, son únicamente fruto de la imaginación de sus autores, por lo cual nadie puede darse por aludido en el caso de una posible coincidencia.

Es propiedad de EDICIONES CLIPER

PONSA, impresor - Iradier, S.A. - Barcelona



la VENGANZA de la MÁSCARA

NOTA: Para mejor comprensión de esta novela, léase el número anterior, La Máscara.

CAPITULO PRIMERO

UNOS HOMBRES SORPRENDIDOS

Un silencio nervioso y pesado se extendió por el camarote. Los corsarios permanecieron inmóviles en sus puestos, incapaces de reaccionar de la sorpresa que les había causado descubrir la personalidad del pirata.

La Máscara paseó la mirada de sus ojos verdes por los viriles y morenos semblantes que la rodeaban hasta detenerse en Margarita de Monterrey, y a la que dirigió una sonrisa que aceleró los latidos de los corazones de aquellos aventureros.

La desconocida muchacha que se ocultaba bajo el vestido de un hombre era alta y esbelta, con la agilidad y elegancia de aquellos que han pasado la vida al aire libre. Las ropas de varón velaban sus formas femeninas, pero los españoles se dijeron que en caso de haberla vista a la luz del día hubieran comprendido que tan sólo podía ser una mujer. Incluso los movimientos de sus hombros poseían una gracia impropia de un hombre.

Su larga y sedosa cabellera rizada, de tonos claros, enmarcaba un semblante de perfecto óvalo y firme barbilla redonda. Sus facciones delicadas indicaban su noble cuna y en sus ojos rasgados, que sombreaban unas largas pestañas, brillaba una luz de decisión que no desmentía su boca carnosa y despectiva.

Su piel era muy blanca, por cubrirla a todas horas con la máscara de cuero.

La sonrisa que dirigió a su antigua cautiva rompió el encantamiento en que parecían sumidos sus captores.

Pérez de Lerma fué el primero en hablar. Olvidó su salvaje atavío y, como si vistiera sus galas de cortesano, dijo inclinándose cortésmente:

—Por mi honor que fuera un placer batirse con enemigos tan encantadores.

La muchacha no pareció muy complacida por aquel elogio y le envolvió en una mirada de salvaje furor, que por eso no hizo perder su aplomo al gallardo corsario.

Villegas se retorció el bigote con malestar.

—Es duro para un soldado combatir contra mujeres. Podéis creerme, señora.

La Máscara hizo un gesto de duda.

—Conozco la guerra. La vi en Irlanda y luché como soldado. Los ingleses asaltaban aldeas sin respetar sexos ni edades.

—¿Sois irlandesa? —preguntó Diego.

—En efecto, del Condado de Louth.

—¿Queríais indicarnos vuestro nombre?

—¿Para qué? ¿Para que luego la soldadesca se burle de mí y mancille mi apellido? No, ahorcadme como lo que soy, como un pirata.

—Hermoso en verdad —intervino Fajeda, con una amplia sonrisa.

—Cállate, Pedro. Señora, cierto que merecéis un castigo por los desmanes que habéis cometido, pero los españoles no hacemos la guerra a las mujeres.

—Preferimos adorarlas —aseguró Juan Pérez de Lerma.

Parecían tener las palabras del alférez la virtud de exasperar a la desconocida, pues le dirigió una nueva mirada de odio.

—Me han vencido a traición —dijo La Máscara para desviar el asunto del que trataban,

—Empleando vuestro mismo sistema —replicó Villegas—. Si preferís ocultar vuestro nombre y vuestra personalidad, no os obligaré a hacer lo contrario. De momento quedaréis detenida en vuestro barco, así como vuestros hombres. Si algo deseáis o si en alguna cosa puedo ser útil, decídmelo.

La muchacha se irguió con orgullo.

—Yo no suplico al enemigo.

—Como gustéis —dijo el capitán—. Si me dais vuestra palabra de que no intentaréis la fuga ni haréis nada para recuperar el buque, no os pondré cadenas.

—Las mujeres no poseen palabra —dijo La Máscara.

—Por desgracia insistís en que os traten como a un hombre y me veo privado del placer de reconoceros todos los agasajos que vuestra condición merece. ¿Me dais la palabra de La Máscara?

—Os la doy.

—Comprenderéis que no dudo de vos al colocar un centinela en la puerta. Evitará que os molesten y os podrá servir lo que deseéis.

—Lo comprendo. Os ruego tan sólo que no coloquéis a ése —dijo la muchacha señalando a Pérez de Lerma.

Juan se estremeció, pero dominando su orgullo ofendido, dijo;

—En verdad que mereceríais que os custodiara un alférez español. Muy digno, salió del camarote.

Villegas, Alonso, Fajeda y Margarita le siguieron, dejando sola a La Máscara.

Diego colocó de guardia a un corsario ante la puerta y envió un mensajero para que avisara a Ohando que debía reunírseles en la caleta.

Encerró a los piratas en la bodega y montó las guardias. Luego, como todos se sentían muy cansados, se tendieron en cubierta,

intentando descabezar un sueño.

En voz baja comentaban los corsarios las incidencias del día. La marcha nocturna a través de la isla, el asalto por sorpresa al buque de La Máscara. Como de costumbre, en sus comentarios se alzaban frases de elogio para su capitán. Les condujo siempre a la victoria, no huyendo él jamás al peligro.

Alonso de Guevara se detuvo junto al alcázar de popa y clavó la vista en el mar que acariciaba el casco del buque.

Sentía una terrible confusión de ideas. Había jurado matar a La Máscara y entonces estaba agradecido al pirata que salvó a Margarita y, por otra parte, él no podía asesinar a una mujer. Los caballeros protegían a las damas. Jamás luchaban contra ellas.

Sin razón alguna le impresionó el pálido y hermoso semblante de La Máscara.

Por otra parte, supo que Margarita correspondía a su amor. Su voz y sus manitas tendidas hacia él eran más claras que todas las palabras, pero... La duda más horrible se albergaba en su corazón.

Quizá eran ilusiones suyas. Tal vez todo aquello no representaba más que la gratitud por haberla hallado; quizá su padre se opusiera a su boda con un triste oficial... Quizá, tal vez...

Unos pasos ligeros y tímidos le apartaron de sus pensamientos, obligándole a volverse.

Margarita se encontraba junto a él, A la luz de la luna y de los faros del buque, pudo ver cómo sonreía la muchacha.

No era la risa de burla que tantas veces le había cohibido. Unía infinita sensación de felicidad se extendía desde sus labios, iluminando sus ojos con la más hermosa de las miradas femeninas.

Pero Guevara no se movió. Parecía clavado en su sitio.

La muchacha murmuró su nombre:

—Alonso.

No obtuvo respuesta, pero la expresión del rostro del alférez hablaba muy claro.

—No podía dormir —continuó ella:— y he preferido salir a cubierta. Son tantas emociones que tengo los nervios destrozados. Aun no hemos podido hablar y necesito saber muchas cosas. ¿Que ocurrió en San Juan?

Guevara relató cómo había repelido el ataque bucanero y cómo capturaron a los supervivientes de la expedición. Luego la buscaron por la isla, sin poder hallarla. Se enteraron que había huido con La Máscara y creyeron que la había raptado. Llegó «El Antillano» a San Juan y se dispuso a perseguir al pirata. El, Guevara, no podía permanecer inactivo y solicitó del capitán Villegas que le admitiese en su nave.

Margarita le escuchaba atentamente.

—¿Por qué no pudiste continuar en la isla?

Alonso se mordió los labios. Se había descubierto, sin proponérselo. A regañadientes, apartando la mirada de la joven, explicó:

—Me era insoportable permanecer inactivo en la isla, mientras tú sufrías en manos de un pirata. Además, puesto que una nao del rey iba a rescatarte, debía yo partir en tu busca, ya que era mía la culpa por haberte dejado sola.

—¿Y qué hubieras podido hacer?

—No sé —continuó el oficial—, pero debí preocuparme de protegerte a ti antes de cabalgar hacia San Juan.

—¿Tan sólo para descargar tu conciencia me has seguido? —preguntó Margarita ingenuamente.

Guevara negó con la cabeza.

—¿Entonces? —susurró la joven.

Sin alzar la vista, fijos los ojos en la madera de la cubierta, el oficial comenzó su declaración:

—Es inútil ocultarlo. Te quiero, Margarita, He intentado sustraerme a esta pasión, pero me domina por completo. Sufría como un condenado al saberte en poder de La Máscara.

Permanecieron en silencio un instante y luego Alonso se atrevió a levantar la vista.

Las pupilas de la joven, repletas de dulzura y de cariño, se hallaban fijas en él.

Decían muchas cosas aquellos ojos, ligeramente entornados.

Guevara dio un paso al frente, al tiempo que la muchacha abría los brazos.

Con desesperación se estrecharon, mientras se besaban con ansia.

Al fin, la joven apoyó la cabeza en el hombro del soldado.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Temí que tú no me correspondieras.

—Y ayer, cuando me encontraste, ¿no te pareció que te declaraba mi amor?

Felices, inmensamente felices, se besaron, ante la muda envidia de los centinelas.

«El Antillano» entró en la caleta al amanecer.

Como de costumbre, se dividieron los corsarios para custodiar al buque pirata.

Como primera medida se vistieron y desayunaron.

El café humeante fué repartido entre los prisioneros, quienes, con el fatalismo propio de los hombres de guerra, aceptaban

tranquilamente su nueva condición.

En una taza de plata fué servido el desayuno a La Máscara.

Debió imponerse la autoridad de Pérez de Lerma para designar quién debía ir a entregar la taza a la muchacha, ya que como había corrido la voz de que el jefe pirata era una mujer muy hermosa, todos querían ir.

El alférez designó a Fajeda, quizá porque debido a su trato con oficiales era el más presentable de toda la tripulación.

Regresó al poco rato asegurando que durante toda su vida había soñado con una mujer como aquella, que no temía ni al propio diablo. Villegas, vestido con sus ropas habituales, se dirigió al buque pirata.

—Juan —le dijo a Pérez de Lerma—, voy a visitar a La Máscara.

El alférez quedó silencioso un instante.

—¿Te importaría que te acompañase? Es que —añadió presuroso— me temo que ayer esa muchacha formase una mala opinión de mí. Debió creer que yo era una especie de marinero.

Accedió el capitán y juntos se dirigieron al camarote de La Máscara.

El corsario que montaba guardia en la puerta se cuadró rígidamente.

Villegas llamó.

—Los prisioneros no pueden impedir que les visiten —gritó desde dentro una voz de mujer.

Sonrieron los dos corsarios y entraron en el camarote.

Lea usted el próximo
volumen titulado...

**TORMENTA
SOBRE YUCATAN**

CAPITULO II

UNA MUJER VALEROSA

Pérez de Lerma cerró la puerta a sus espaldas y contempló a la cautiva.

A la luz del día resultaba aún más hermosa que la noche antes.

Conservaba sus ropas de hombre, pero ya no imitaba los ademanes masculinos.

Ella, por su parte, examinó atentamente a los dos españoles, y en sus ojos brilló por un instante una luz de admiración.

Diego se inclinó y comenzó a decir:

—Señora, he venido a anunciaros que emprendemos el regreso a Santo Domingo.

La Máscara lanzó una exclamación de asombro.

—En verdad que no les había reconocido así engalanados —aseguró. Luego dijo—: ¿A Santo Domingo me llevarán? Ayer me pareció oír algo referente a tribunal y a españoles. ¿No son bucaneros?

—En modo alguno. Si me lo permite me presentaré. Soy el capitán Diego de Villegas, de las naves del Rey de España.

—Yo me llamo Juan Pérez de Lerma, alférez al servicio de Su Majestad.

La Máscara contempló atentamente a Diego.

—¡El capitán Villegas! —exclamó—. Perdonarán vuestras mercedes que ayer les confundiera con unos bucaneros, pero las ropas que lucían no eran las que corresponden a vuestra condición. —Hizo una pausa y agregó—: Mucho he oído hablar de vos, capitán, y a fe mía que os hacía más viejo. Habéis realizado más hazañas de mérito que años contáis. En cuanto a vos, señor alférez, también la fama cuenta mucho de vuestra persona.

Pérez de Lerma se ajustó la casaca, sonriendo con petulancia,

—Parece ser que no dejáis nunca tranquila a una mujer. En verdad que no mentía la voz popular. Más que un soldado parecéis un barbilindo.

El alférez quedó muy cortado, permaneciendo ante la puerta sin que volviera a hablar durante toda la entrevista.

La muchacha se sentó en una butaca, invitando a Diego a que hiciese lo propio.

—Perdonad, capitán —comenzó a decir—, que os hubiera juzgado mal. Cuando me capturasteis os tomé por algún renegado que servía a los bucaneros. Durante la noche recordé que hablabais de un tribunal que iba a juzgarme y que vuestro camarada aseguró ser un oficial

español. Esto me desconcertó. Sé que los españoles no molestan a las mujeres... excepto algunos —añadió dirigiendo una mirada a Juan—. Pero de haber sabido que erais el capitán Villegas os hubiera revelado mi nombre.

—Os agradezco la deferencia, señora. Juré no regresar a Santo Domingo hasta haber descubierto a La Máscara, pero al descubrir vuestra condición de mujer, sentí una infinita compasión por vuestro destino, que os obliga a vivir entre hombres rudos. Asimismo, me intrigó la causa por la que os lanzasteis al mar.

—¿Cómo sabéis que existe una causa?

—Una dama hermosa y de noble cuna no abandona las comodidades de su hogar para enzarzarse en peligrosas aventuras —dijo Villegas sonriendo—. Ahora quiero haceros una pregunta: ¿Por qué estáis dispuesta a confiar en mí?

—Porque sé que el capitán Villegas es valiente y audaz con sus enemigos y generoso con los prisioneros que caen en sus manos. En muchas ocasiones pensé que si me capturaban moriría, llevándome a la tumba el secreto de mi personalidad. Pero al encontrarme ante la muerte, al sentir cómo se aproximaba, silenciosa pero inflexible, embriagando el ambiente con su invisible presencia, tuve necesidad de confiar en alguien, como si me confesase. Creo que a nadie mejor que vos podía haber elegido.

La Máscara se puso en pie y dio unos pasos nerviosos por el camarote. Parecía que se hubiera olvidado de la presencia de los corsarios, que la escuchaban en silencio.

Al fin se detuvo y comenzó a decir:

—Me llamo Rebecca Grattan.

...El castillo de los Grattan se alzaba muy cerca del mar. Todos en el Condado de Louth apreciaban y respetaban a Patrick Grattan, séptimo barón de Dunsdane y en toda Irlanda, conocían al digno caballero, a quien su noble conducta y su gran inteligencia habían conquistado una justa reputación. Le apreciaban todos y los aristócratas irlandeses le consideraban un auxiliar indispensable en todas sus reuniones.



Diego se inclinó y comenzó a decir...

Era un hábil jinete, un gran cazador, un anfitrión espléndido y un huésped divertido. Todas estas cualidades le habían granjeado un sin fin de amistades y de simpatías entre los nobles de los castillos vecinos.

Los vasallos del barón Dunsdaine le adoraban, puesto que siempre les gobernó con justicia y con nobleza. Jamás dejó de proteger a alguno que se encontrase en mala situación, ni negó su generosidad a aquellos hombres que veían en su señor a un padre benévolo y

clemente.

En compañía de su hija Rebecca visitaba a los más menesterosos, dejando, como por descuido, un regalo que mitigara su pena. Cuando alguno de sus vasallos caía enfermo, por apartado que estuviera su hogar, no dejaba de recibir la visita del barón, quien se preocupaba por su estado, pagaba al médico si era necesario y surtía la despensa en caso de que el cabeza de familia no pudiera trabajar.

Contribuía con sus limosnas a la mejora del templo de la aldea de Kildare, que se alzaba muy cerca de su castillo, y el párroco sabía que no pediría su ayuda en vano. Como buen católico asistía todos los domingos y fiestas de la iglesia. Acudía en su carroza acompañado por Rébecca. Los vasallos se agrupaban en ambos lados de la capilla y se descubrían respetuosamente, saludando a su señor con una cariñosa veneración.

A la salida, Grattan se detenía para charlar con los campesinos de más importancia y con los menestrales, interesándose en sus problemas como en cosa propia.

Todos en el Condado querían a Rebecca. La muchacha reía a todas horas y cuando visitaba alguna granja o una choza de campesinos, se podía decir que la alegría había entrado. Trataba a todo el mundo con extrema familiaridad y los niños corrían a su encuentro, seguros de que nunca le faltaría una palabra amable para sus infantiles adoradores.

Acostumbrada desde niña a los deportes, recorría los bosques y las onduladas colinas de Louth a un galope desenfrenado y en vez del látigo o las espuelas, hablaba cariñosamente a la oreja de su yegua. De un modo invariable, los labradores dejaban su trabajo para verla pasar, inclinada sobre el cuello de su corcel.

De las viviendas salían las amas de casa, para saludarla con la mano.

Rebecca no tuvo hermanos y su madre murió al nacer ella. Por tanto, sus únicos amigos fueron su padre, Kimberley, el escudero de los Grattan, y los palafreneros del castillo.

Asimismo se acostumbró a tratar con todos los invitadas de su padre, de modo que ante los hombres jamás se sintió cohibida.

Se decía que un gran número de vasallos del barón estaban enamorados de su hija, y así debía ser, ya que en más de una ocasión encontraron ante la ventana de su habitación un jabalí o un ciervo muerto la noche antes y regalo de algún desconocido y tímido admirador.

Pero no era tan sólo en el campo donde Rebecca Grattan sobresalía como una de las jóvenes más encantadoras de Irlanda. Cuando los aristócratas se reunían para celebrar algún acontecimiento, para bailar o para tomar parte en alguna cacería, se esperaba con

ansiedad la llegada de la hija del barón de Dunsdane. Los jóvenes, la aguardaban con interés, puesto que nadie les había cautivada como ella, y las muchachas, convencidas de que inevitablemente las eclipsaría. En varias ocasiones, damas llegadas de la corte inglesa solicitaran de Grattan que permitiera a la joven acompañarlas a Londres, donde brillaría como una de las bellezas de Inglaterra.

Pero Patrick, que, como buen irlandés odiaba a los ingleses, se negó rotundamente, y Rebecca, por su parte, no ambicionaba alejarse de la «verde Erin».

Un día tuvo motivos para alegrarse de esta decisión.

En un castillo vecino, propiedad del conde de Drogheda, conoció a un joven llamada Alexander Macmahon.

Desde el primer instante se sintió atraída por su figura gallarda y por su franco continente.

Alexander era alto y fuerte, aunque esbelto. Sus cabellos eran negros y lustrosos y sus ojos oscuros parecían reír siempre. Sobre la piel bronceada destacaban sus blancos dientes y lucía bigote a la moda española.

Aunque vestía ropas civiles, se advertía en muchos detalles su condición de soldado.

Su jubón se veía abotonado como una casaca de arcabucero, sostenía la punta de la tizona en alto, apoyando la mano en la empuñadura, y lucía el chambergo inclinado sobre la ceja derecha. Por otra parte, sus ademanes eran algo rudos, sin perder su innata elegancia, y su risa era algo más fuerte de lo que permitía la etiqueta palaciega. Alexander pertenecía a aquella vieja casta que durante tantos siglos nutrió de voluntarios irlandeses los ejércitos extranjeros, y, a ser posible, que lucharan contra Inglaterra.

Se les llamaba «flyings swans»¹, y formaban una raza extraña y aventurera.

Macmahon acababa de llegar de España, donde había alcanzado el grado de alférez de piqueros,

Desde el primer instante simpatizaron el oficial y la muchacha. Durante varias partidas de caza figuraron como pareja, hasta que un día, mientras perseguían una zorra, Alexander indicó a Rebecca que adelantarían camino cruzando un bosque de robles.

Los dos jóvenes cabalgaron hasta llegar al límite del bosque y, con gran sorpresa, la muchacha comprobó que se encontraban solos.

Los cazadores se alejaban, siguiendo a los perros.

—Sin duda os habéis extraviado, «ensign»² Macmahon —dijo.

Alexander sonrió.

—No lo creáis, lady Grattam, Lo hice a propósito. Fué, ¿cómo diríamos?, una maniobra para separaros del grueso del ejército. Me sentía muy melancólico. Es imposible hablar con vos, Os veo siempre

rodeada de los presuntuosos.

Rebecca le miró extrañada.

—También os llaman loco a vos —aseguró—. Esta mañana se lo he oído decir al vizconde de Cork.

—Pero yo no soy presuntuoso. Además, os advierto que es de suma importancia que hablemos —afirmó el soldado.

La muchacha le miró extrañada. Imaginaba las razones que podían impulsar a Alexander y esto le llenó de terror por primera vez en su vida. Pero no se movió.

—Rebecca —dijo el oficial llamándola por primera vez por su nombre—, necesito que me digas que me correspondes. Eso sería soñar demasiado, pero necesitaba decírtelo.

Calló Alexander y a sus palabras siguió un silencio enervante. La muchacha no se atrevía ni a respirar, inmensamente feliz por lo que había oído,

—Si os he molestado con lo que dije —continuó el soldado—. Nos separaremos y nunca más mi presencia os importunará.

Iba a picar espuelas cuando la mano de Rebecca se apoyó en la del oficial. Se volvió Alexander y, al encontrarse sus ojos, comprendió que ella le correspondía.

Los caballos regresaron muy juntos hacia el lugar donde se reunían los cazadores.

ANECDOTAS

MUJER OBEDIENTE



Un labriego se casó con una mujer que sólo gozaba desobediéndole. Cierta día en qué se dirigían de un pueblo a otro montados cada uno en diferente cabalgadura, se vieron en el trance de tener que atravesar un río. El hombre explicó a su esposa qué debía hacer para evitar que el asno se espantara, pero ella, para llevarle la contraria, no quiso seguir el consejo, logrando que el borrico se espantara y la echara al río. Habiendo desaparecido en él, el labriego corrió a buscarla río arriba y un hombre que vio el suceso le gritó:

— ¿Dónde vais, buen hombre? Debéis buscar a vuestra mujer por abajo y no por arriba.

— ¡Quiá! — contestó el labriego. — Ya sé lo que me hago, porque mi mujer no ha seguido en su vida la corriente.

¡PUES ES VERDAD!

¿Como sabes tu si una novela es buena o mala no habiendo escrito nada en tu vida?

— Tampoco puse nunca un huevo y, sin embarco conozco cuándo es bueno.



CAPITULO III

VUELVE UN VIAJERO

El barón de Dunsdane se alegró infinito de que su hija hubiera entregado su corazón a un hombre como Macmahon en vez de enamorarse de alguno de los palaciegos que visitaban con frecuencia el castillo. Aunque irlandeses, habían olvidado las cualidades de su raza para convertirse en ingleses, y esto sulfuraba a Grattan, quien en su juventud, marchó también a la aventura, sirviendo en distintos ejércitos.

Alexander fué muy bien acogido en el castillo de los Gratan. Aunque *no* poseía gran fortuna, era de noble linaje. Era el segundón de un hidalgo que perdió todos sus bienes luchando contra los invasores.

Esto no podía dejar de pesar en favor del alférez. Por otra parte, su simpatía personal le atrajo muy pronto la admiración de sus futuros vasallos.

Se hacían ya los preparativos de la boda., cuando una noche llegó un —jinete al castillo. Iba embozado en una capa negra y, sin descubrir su semblante, pidió audiencia al barón.

Este se hallaba cenando con su hija e, inquieto por la urgencia que parecía demostrar el mensajero, le recibió sin tardanza.

Un criado guió al desconocido hasta el gabinete donde Grattan le esperaba. Una vez se hubo retirado el sirviente, abrió su embozo el jinete.

Patrick lanzó un grito de sorpresa.

—¡O'Neill!

—Yo soy, en efecto.

—Os creíamos muerto.

—Tan sólo la voluntad de Dios permite que siga con vida —dijo el visitante, apretando los dientes.

Era O'Neill un irlandés corpulento y pelirrojo, de ojos encendidos y piel rojiza. Vestía ropas a la usanza española, con una larga tizona suspendida de un rico tahalí.

Había desaparecido de Irlanda hacía varios años, cuando los esbirros del rey de Inglaterra descubrieron un complot, y todos le daban por muerto.

Grattan le indicó que se sentara en una butaca.

—Me alegro enormemente de veros, O'Neill —dijo—. Pero no debéis exponeros a menos de que vuestro propósito valga la pena.

—Lo habéis, adivinado. La vale.

—Vos me diréis, O'Neill.

El visitante se despojó del chambergo y de la capa, que depositó en una mesa. Luego comenzó a decir:

—No he dudado un instante en venir a vos. En caso de que no os sintáis interesado por nuestro proyecto, dadme vuestra palabra de caballero que a nadie revelaréis lo que os vengo a decir.

—Os la doy.

O'Neill se puso en pie. Parecía transfigurado. Sus ojos llameaban, con el ardor de la lucha y el fanatismo de una idea.

—Irlanda surge bajo las garras del rey de Inglaterra. Es hora de que conquistemos nuestra libertad. Basta ya de injurias. Alcemos nuestras frentes como hombres dignos y libres.

Grattan asintió en silencio.

—Varios caballeros —continuó el visitante— nos hemos juramentado para luchar por nuestra independencia. Cuando llegue el momento nos alzaremos en armas, desencadenando la guerra contra los herejes ingleses. ¿Queréis ser de los nuestros?

—¡Vive Dios que sí! ¿Lo habéis dudado?

—No. Vuestro papel será el más delicado. Aparte de levantar hombres para la empresa...

—Todos mis vasallos me seguirán —interrumpió el barón.

—No lo dudaba. Debéis asegurar de que el puerto de Kildare quede libre para desembarcar armas, y unos hidalgos españoles, con los que combatí en Flandes, que están dispuestos a ayudarnos.

Se estrecharon las manos en señal de amistad y O'Neill regresó al lugar donde se ocultaba. Los últimos detalles habían quedado decididos. Grattan habló a dos aristócratas vecinos suyos y les compro-metió a unirse a la rebelión.

Luego se puso en contacto con los campesinos principales, y con los hombres de más prestigio en sus tierras. Ni uno solo se negó a luchar en favor del barón.

Una tarde en que Alexander había ido a visitarles, Patrick le rogó que le acompañase a su gabinete, ya que debía hablarle. Se asustó Rebecca, ya que su padre había discutido siempre sus asuntos en presencia de su hija.

Rogó que la admitieran en la conferencia y, como de costumbre accedió el barón, sin ningún reparo. En pocos minutos, les enteró de lo que ocurría. Macmahon se puso en pie con entusiasmo.

—Luché en Flandes y en Italia hasta alcanzar el grado de alférez. Que me convierta en un maldito inglés si no hago de vuestros Vasallos una compañía de infantería.

Rebecca se estremeció de gozo. Por fortuna, montaba a caballo mejor que muchos hombres y sabía manejar una espada tan bien como cualquier soldado. —Yo quiero luchar— declaró. Su padre y su novio

la miraron con asombro.

—Pero la guerra no es cosa de mujeres —respondió Patrick.

—Poco importa de quién es cosa la guerra, mientras se gane.

Comenzaron inmediatamente los preparativos para la lucha.

Los conjurados se reunieron en el castillo de los Grattan con la excusa de un baile, para no poner sobre aviso a las autoridades inglesas.

Pero entre los sirvientes del barón existía un traidor.

Un día Patrick descubrió a una partida de bandoleros que torturaban a un hombre atado a un árbol. Le habían cortado las orejas y se burlaban de sus lamentos. Los criados del barón pusieron en fuga, a los proscritos y llevaron al prisionero al palacio. Le cuidaron y, no conociendo a nadie en aquellos alrededores, le admitieron en el servicio de la casa.

Por su pronunciación parecía inglés, pero nadie se preocupó mucho de su persona. Dijo llamarse Ezequiel Smith y nunca se cansaba de repetir su fidelidad al barón.

Como es de suponer, Smith se enteró de los manejos de Patrick Grattan, y sabiendo que el Gobernador inglés ofrecía doscientas guineas a todo el que denunciase a un rebelde, se presentó al primer puesto de tropas británicas.

El oficial le escuchó con atención mientras Ezequiel vertía lentamente su traición al hombre que le había salvado la vida.

—¡Bien! —respondió el militar, cuando el delator hubo concluido. — Transmitiré tu informe al general, pero si resulta falso serás descuartizado.

Ezequiel juró por toda la corte celestial que no mentía y que él era un leal vasallo de Su Graciosa Majestad.

El general inglés decidió llevar a efecto algunas detenciones, pero el Gobernador se opuso. De este modo sólo lograrían sembrar la alarma. Debían permanecer alerta y mantenerse en contacto con aquel delator, para que les diera detalles.

Ezequiel continuaba informándoles de que todos los días el «enjoin» Macmahon instruía militarmente a los insurrectos. Al fin, un día pudo indicarles la fecha exacta de la rebelión.

Sería tres noches, a partir de aquella, entre las once y las doce. Había logrado descubrir esto debido a la enorme confianza que el barón de Dunsdane le profesaba, aseguró con maliciosa sonrisa. Asimismo sabía que el puerto de Kildare era de suma importancia para los rebeldes, aunque ignoraba la razón.

Dos compañías de arcabuceros y un destacamento de corazas ³ partieron hacia Kildare, al mando del coronel Sheffield, un fanático que odiaba a los rebeldes, a los extranjeros y a los católicos.

Se instalaron en la aldea como en son de guerra y montaron las d-

os piezas de artillería que les acompañaban, de modo que al instante pudieran abrir fuego contra el enemigo.

Un mensajero corrió al castillo a dar la noticia.

Grattan y Alexander se pusieron en pie, pálidos de furor.

El leal Kimberley lanzó una exclamación de sorpresa.

Tan sólo Rebeca no supo lo ocurrido. En aquellos momentos se encontraba en su habitación, vistiéndose con ropas de hombre para marchar a la guerra.

Lo que más desesperaba al barón era que uno de sus hombres le hubiera traicionado. No podía ser otro más que alguno de sus sirvientes, pues al parecer los ingleses conocían demasiados datos para que les hubiera informado alguien que no estuviera en contacto directo con el castillo.

Llamaron a toda la servidumbre y les pasaron revista. Tan sólo faltaba Ezequiel Smith, No cabía duda de que él era el traidor.

Macmahon se mordía los labios con desesperación. Se acercaba la hora convenida para comenzar la rebelión y no podían faltar a la palabra dada. Además, O'Neill y sus aventureros estaban a punto de desembarcar.

Alexander ordenó que los rebeldes se reunieran en el lugar señalado. Desgraciadamente, sus armas eran muy defectuosas y si no conquistaban el puerto de Kildare no poseerían las armas que O'Neill traería en su buque.

Sin embargo, no podían permitir que la muchacha marchase con ellos a una batalla tan desigual, donde era lo más probable que murieran todos. De modo que la convencieron que se quedara en el castillo con algunos hombres, de jefe de la fortaleza.

Patrick y Alexander partieron al bosque donde se reunían los rebeldes.

Rebecca quedó en el castillo, aguardando impaciente la vuelta de los victoriosos sublevados.

A las dos horas, en Kildare estallaron los cañonazos y los arcabuces. Asustada, la joven paseaba por una de las almenas, contemplando los resplandores que se encendían en el oscuro horizonte.

Así continuó durante la noche, hasta que al amanecer, el fiel Kimberley llegó a caballo. Estaba desenchajado y vencido por la fatiga. Sus ropas se veían destrozadas y manchadas de sangre.

—¡Señora! —gritó—. ¡Debéis huir! ¡Los ingleses han vencido!

Rebecca no comprendía a qué se debía aquella batalla en un lugar donde no había tropas y, por tanto, Kimberly le fué explicando la traición de Ezequiel Smith y la llegada de los británicos.

Su padre la dejó en el castillo, pues estaba seguro que todos iban a morir.

Durante varias horas, los rebeldes habían intentado infructuosamente asaltar la población. Los arcabuces y los cañones ingleses barrían a los asaltantes, que después cuan perseguidos por las corazas.

La lucha fué heroica pero estéril. Los alrededores de Kildase se veían sembrados de cadáveres y aun no cejaban los irlandeses en su empeño.

En varias ocasiones se vieron los soldados arrollados por el empuje gaélico, pero nada podían hacer los horcas y los palos contra los arcabuces y los cañones.

El barón de Dunsdane cayó muerto y Alexander fué rodeado por los ingleses. Se batió como un león, repartiendo tajos a diestro y siniestro. Pero al fin, separado de sus hombres, sucumbió.

O'Neill y sus españoles habían desembarcado en una playa. Como el puerto se encontraba en manos del enemigo, no lograron transportar el armamento del buque.

Los hombres de Grattan habían sido casi diezmados y muy poca ayuda podían prestar a los hidalgos aventureros. Estos cargaron, con sus picas y sus tizonas, bajo la metralla y las balas inglesas.

Ascendieron la rampa que conducía a la aldea, lanzando gritos de alegría y entonando canciones de guerra. Caían como moscas, pero ni por un instante pensaron en huir. Continuaron adelante hasta alcanzar la aldea. Aunque eran muy pocos, su empuje feroz y su valor inconcebible hizo que los ingleses se retiraran ante el ataque de los españoles. Las picas y las tizonas abrían brecha en las defensas británicas, pero el número ahogó al valor y uno a uno murieron los aventureros de O'Neil.

Kimberly. Su padre había muerto y era muy posible que Alexander siguiera el mismo camino si es que ya no era un cadáver.

Pero reaccionó enseguida de su debilidad de mujer y ordenó al escudero:

—Dispón los caballos. Con los hombres que nos quedan, me uniré a los rebeldes. Mientras quede un Grattan lucharemos por la libertad de Irlanda.

CURIOSIDADES

AVES VIAJERAS

Se cree que las aves viajan de uno a otro Continente en busca de un clima más favorable, pero la realidad es muy otra; el motivo hay que buscarlo en la falta de alimento. En trance de desaparición los insectos que constituyen su comida, las aves marchan a otros lugares donde aquellos abundan, para regresar al Continente que dejaron cuando empiezan a aparecer en él nuevos insectos con que alimentarse.

¡PASO A LOS ANIMALES!

La doctrina budista con la prohibición de criar y sacrificar ganado supone un serio conflicto para la alimentación de grandes regiones asiáticas, dándose además el peregrino caso de que los indios o birmanos pueden verse atacados en cualquier momento por serpientes o fieras sin posibilidades de defensa. Y que, otras veces, un honorable ciudadano debe apartarse de su camino para dejar paso a un cebú u otro animal cualquiera.

LOS COMICOS DE LA LEGUA

El origen de la frase «cómicos de la legua» con que se denomina a las formaciones de malos actores, hay que buscarlo en la antigüedad, cuando se autorizó a las Compañías ambulantes para representar en cualquier pueblo que distase por lo menos una legua de distancia de la Corte. Sin embargo, estas Compañías, cuando se creían bien conjuntadas, intentaban presentarse en las ciudades importantes e incluso en la misma Corte.

LOS ERRORES DE LA CIENCIA

Uno de los inconvenientes que se presentaron a Fernando de Lesseps cuando intentaba hallar el apoyo necesario para la apertura del Canal de Suez, fué la errónea creencia de que las aguas del Mar Rojo tenían mayor nivel que las del Mediterráneo.

CAPITULO IV

EL ÚLTIMO GRATTAN

Al frente de los últimos partidarios del barón de Dunsdane, la muchacha partió para reunirse con los sublevados. Por el camino encontró a varios fugitivos, que se sumaban a sus escasas fuerzas,

Llegaron, al fin, al castillo de los Mac O'Leary, donde acampaban las tropas rebeldes.

Rebecca relató lo ocurrido a su padre y reclamó el derecho a ocupar el puesto del barón de Dunsdane.

Se lanzaron ciegamente a la guerra, sin fiar más que en sus corazones encendidos de entusiasmo.

Ezequiel Smith nada sabía de estos planes y por tanto en un principio los irlandeses fueron afortunados.

En los primeros encuentros batieron a los soldados del rey y les expulsaron de numerosas aldeas.

Pero de nuevo el número y las armas ahogaron el entusiasmo y el valor.

Lentamente al principio y con rapidez más tarde, se vieron obligados los rebeldes a retirarse.

Casi carecían por completo de artillería y poseían pocos arcabuces. La metralla y el plomo de los ingleses les machacaba fría y sistemáticamente.

Un cúmulo de horrores se cernió sobre la verde y apacible campiña irlandesa.

Las aldeas que caían en manos de los soldados británicos eran saqueadas e incendiadas. Los ingleses destrozaban todo aquello que no podían llevarse. Mataban a golpes de espada los cerdos y las terneras. Los caballos eran robados o muertos.

Las viviendas eran desvalijadas y los ingleses borrachos perseguían a las mujeres, ante la mirada indiferente de los oficiales.

Llegó un momento en que el ejército rebelde se desbandó. Muchos habían muerto, algunos desertaban y otros eran capturados por las tropas de Su Graciosa Majestad.

Los más afortunados se enfrentaron con un tribunal, pero la mayoría murió a manos de sus captores.

Mientras los rebeldes se batían en retirada, y sus efectivos caían en manos de los enemigos, la Cámara Estrellada⁴, dictó las sentencias, y las hogueras, las horcas y las calderas de pez no descansaron ni un minuto.

Al fin, los rebeldes y las tropas se enfrentaron en una última

batalla. Ninguna esperanza de vencer animaba a los irlandeses. Únicamente confiaban en que morirían en campaña, librándose así de la venganza de sus enemigos. Otros, los menos, tenían la débil esperanza de romper el cerco inglés y huir al continente,

Mac O'Leary formó a sus hombres en línea de combate. Las rudimentarias armas que poseían les debían bastar para defenderse de un enemigo poderoso.

Se encontraban medio muertos de hambre y la noche antes se habían comido todas sus reservas. El que sobreviviese a esta lucha, se encontraría solo y sin alimentos, en un país ocupado por tropas enemigas.

Desde la silla de su caballo, Rebecca contempló el harapiento y famélico ejército que les seguía. A muy poca distancia se encontraban las tropas inglesas, bien provistas y mejor armadas,

Ambas huestes acampaban en una loma, en medio de la que se extendía un prado, cubierto de flores y de verde pasto. La iniciativa les tocaba a los irlandeses, puesto que el enemigo podía bombardear impunemente, destrozando así a sus adversarios.

Mac O'Leary blandió su espada en el aire.

Un grito se alzó de las fuerzas rebeldes y los sublevados cargaron con todo su ímpetu.

Descendieron hacia el prado, esgrimiendo sus armas y flameando los colores de Irlanda.

Rebecca animaba a los suyos, azuzándoles contra los ingleses.

Las piezas británicas comenzaron a vomitar metralla sobre los atacantes.

Los arcabuceros disparaban cerradas descargas, mientras la infantería y las corazas esperaban el momento de entrar en acción. Sobre el prado se alzaban columnas de humo negro.

Los heridos y los muertos iban señalando el camino de los rebeldes. Cruzaron al fin el llano y comenzaron a escalar la colina. Desde la cumbre los rebeldes derramaban descarga tras, descarga sobre las fuerzas insurrectas.

El general inglés hizo una seña y la infantería entró en acción. Enfilando las partesanas, cargaron sobre los diezmados rebeldes. En la ladera de la loma se desarrolló la parte más dura del combate.

Los arcabuceros y los cañones enmudecieron, dejando paso a las armas blancas.

Chocaban los aceros y los partesanos abrían, brechas en las filas insurrectas. El clamor de la batalla se alzaba como un estruendo sin fin.

Los gritos de los luchadores y los lamentos de los heridos poblaban el aire. La sangre empapaba la tierra.

Los muertos y los, heridos resbalaban por la pendiente hasta caer

en el prado. Otros eran pisoneados por los luchadores.

Los jefes de ambas fuerzas animaban a sus hombres a seguir luchando.

Por un instante pareció que el valor de los irlandeses iba a romper k defensa de la infantería británica. Las partesanas retrocedían ostensiblemente, pero en aquel instante atacaron las corazas. Con sus espadas en alto, cargaron los combatientes sin respetar amigos ni enemigos.

Descendieron por la colina, arrollando a todo lo que a su paso hallaron. Los rebeldes, muerto su jefe y gran parte de los efectivos del ejército, huyeron a toda prisa, perseguidos sañudamente por los corazas.

Kimberley logró montar a la grupa, del caballo de Rebecca y sin hacer caso de las protestas de la muchacha, espoleó al corcel y la alejó del lugar de la batalla.

Cabalgaron durante el día, hasta encontrarse bien lejos del lugar de la batalla.

En la choza de unos leñadores encontraron asilo para aquella noche.

Sentada junto al fuego Rebecca lloraba en silencio la desgracia de su vida. Todo se había perdido.

Uno de los leñadores, tomándola por un hombre, se burló de sus lágrimas. La muchacha se puso en pie y, emprendiéndola a cintarazos, obligó a aquella gente a pedir clemencia.

Esto dio idea al escudero. Marcharían a Francia, donde hallarían protección entre los muchos Mandases refugiados. También podían huir a Flandes, donde los españoles les dispensarían una buena acogida.

Pero Rebecca negó firmemente. Antes de abandonar Irlanda quería cerciorarse de muchas cosas.

Durante la campaña, uno de sus siervos, que pudo huir de la prisión donde le habían encerrado los ingleses, explicó una historia que hizo animarse de esperanza el corazón de la muchacha.

Aquel rebelde fué capturado junto con Alexander Macmahon.

El oficial luchó desesperadamente contra los jinetes ingleses que le rodeaban, hiriendo hombres y caballos, hasta que un golpe en la cabeza le derribó sin sentido.

Le trasladaron al lugar donde congregaban a los prisioneros y sus antiguos subordinados le cuidaron, logrando que volviera en sí.

Desesperado, Alexander contempló a los centinelas que les custodiaban y a los prisioneros. Comprendió que estaba perdido y que había sido derrotado.

A corta distancia se oían los disparos y el fragor de la lucha, pero todo aquello había terminado para el oficial.

De pronto, ante sus ojos pudo ver a Ezequiel Smith que les examinaba con una sonrisa de burla.

—Pronto os ahorcarán a todos, malditos rebeldes —exclamó—. A algunos puede que os descuarticen o que os quemen vivos, y vuestras mujeres serán entregadas a la tropa. Yo os entregué, malditos rebeldes. —Rompió a reír con estrépito. Luego, fijando sus ojos en Alexander, añadió, amenazándole con un dedo:— ¡Tú eras uno de tos cabecillas! ¡Por fortuna el traidor de Grattan ha muerto y tú le seguirás muy pronto! Cuando las fuerzas inglesas asalten el castillo de Dunsdane, pediré que me entreguen a esa perra de tu novia. Es muy guapa y...

No pudo concluir la frase. Sus ojos se dilataron de terror y lanzó un grito, como un animal herido. Macmahon se había puesto en pie y le miraba con expresión amenazadora. Quiso huir el delator, pero un fuerte golpe del alferez le derribó por tierra. Se lanzó sobre él Alexander y le sujetó por la garganta, apretando con todas sus fuerzas.

Los alaridos de Ezequiel se hacían cada vez más roncós. Su semblante se amorataba y los ojos amenazaban con saltarle de las órbitas. Apresuradamente acudieron los centinelas y tras una dura lucha lograron arrancar a Smith de las manos del oficial.

Ezequiel se puso en pie, acariciándose el cuello dolorido, mientras lanzaba miradas de odio a Macmahon.

Se alejó maldiciendo en voz baja y regresó al poco rato en compañía del coronel Sheffield. Señaló a Alexander y dijo:

—Ese es el hombre. Pido a vuestra señoría que me sea entregado como esclavo.

Macmahon se irguió con orgullo.

—Vivimos en un país cristiano, caballero —exclamó—. ¿Es que un hombre es un objeto para que sea regalado?

El coronel inglés se encogió de hombros.

—¿Qué importa? Al fin y al cabo no eres más que un irlandés hereje. Quédatelo —le dijo a Smith.

Su novio no había muerto, como Rebecca había creído y, aunque debía sufrir en manos de Ezequiel Smith, se alegró, ya que de este modo quedaba una posibilidad de reunirse nuevamente.

Junto con Kimberley, partió la muchacha hacia Kildare, donde llegó de noche. Sabía que ninguno de sus antiguos vasallos la iba a traicionar, pero prefería sentirse protegida por las sombras de la noche.

Se alojó en la parroquia, pues el sacerdote, además de ser amigo de los Grattan, no denunciaría jamás a un fugitivo.

Supo por él que Ezequiel Smith había aprovechado las doscientas guineas para hacer un bonito negocio.

Adquirió a varios de los prisioneros capturados en la campaña y

que el gobierno inglés vendía en calidad de esclavos. Luego se embarcó rumbo a las Antillas, con el propósito de venderlos allí a los plantadores.

Rebecca quedó abatida por aquella noticia. Alexander se encontraba de nuevo muy lejos de ella. Quizá le había matado Smith antes de embarcar para las Indias Occidentales⁵. ¿Sabía el párroco qué le había ocurrido a su novio? Sí, el párroco lo sabía. Ezequiel había embarcado/ a Macmahon entre los demás esclavos, pero había asegurado que no pensaba venderlo, pues deseaba quedárselo, ya que tenían una cuenta pendiente.

Se alejó al amanecer de la parroquia y se ocultó en los montes que conocía palmo a palmo, por haberlos recorrido desde su niñez. El fiel Kimberley no la abandonó ni un instante.

Se procuraba alimentos y exploraba los alrededores para obtener noticias.



Luego se apoderaron de todas las armas que pudieron y abrieron la cárcel...

Rebecca permaneció inmóvil y silenciosa horas y más horas, madurante su plan. Estaba dispuesta a rescatar a Alexander. Sin él la vida carecía de interés y de objetivo.

Un día expuso sus proyectos al escudero. Smith y Macmahon se encontraban en el Caribe, por tanto ellos debían dirigirse a aquella parte del mundo, Una vez allí no descansarían hasta dar con ellos. Ezequiel debía responder de unas cuantas cosas.

Kimberley objetó que en las colonias inglesas podían ser reconocidos y encarcelados, además de que para dirigirse a las Indias Occidentales era necesario embarcarse y ningún patrón querría

aceptante como pasajeros.

Rebecca le aseguró que había pensado en todo esto. Por aquellos contornos se encontraban bastantes fugitivos del ejército rebelde, que esperaban una ocasión para marcharse al extranjero. Además, en la prisión de Kildare se encontraban encarcelados muchos criminales que con gusto aceptarían la oportunidad de evadirse.

Su plan era el siguiente, Cuantío algún navío artillado fondease en la aldea, lo capturarían, haciéndose a la mar y, una vez en el Caribe, se dedicarían a la piratería, buscando siempre a Ezequiel Smith.

Para empezar, Kimberley debía ponerse en contacto con los fugitivos que se ocultaban en el bosque. El escudero protestó alegando que aquello no era propio de una señorita y que los piratas no aceptarían jamás el mando de una mujer. Pero Rebecca disipó todas sus dudas. Ante todo debía vengar a su padre y rescatar a su novio. Por esta razón se lanzaba a la aventura. En cuanto al hecho de que los piratas no aceptasen el mando de una mujer, ya lo había pensado y estaba decidida a que ellos no se enteraran jamás. Con una chaqueta de cuero se había confeccionado una máscara y su personalidad quedaría oculta para siempre.

Kimberley se puso al habla con los fugitivos y trazaron un plan de lucha:

Los agentes que habían enviado a Kildare les informaron que había atracado un navío que podía ser muy útil para sus designios.

Kimberley reunió a sus hombres. Rebecca, protegida por la máscara, se puso al frente y marcharon hacia la aldea. La reducida guarnición británica fué pasada a cuchillo y capturaron el barco sin dificultades.

Luego, se apoderaron de todas las armas que pudieron y abrieron la cárcel. Muchos presos, rebeldes capturados y criminales empedernidos, se unieron al proyecto. Otros prefirieron esconderse en los montes.

El navío, cuyo nombre había sido borrado, se hizo a la mar, izando seguidamente el pabellón pirata. Se detuvieron en un puerto francés para adquirir armas y provisiones y luego emprendieron la ruta del Caribe.

Rebecca reunió a la tripulación y les expuso sus proyectos. Los piratas se sentían algo cohibidos ante aquella figura esbelta, oculta por una máscara de cuero, pero uno de los criminales libertados de la prisión de Kildare se echó a reír.

—¡Vamos! —exclamó—. ¿Es que os dejáis asustar por un bufón? Si alguien ha de mandar en este buque voy a ser yo.

Al decirlo desnudó la espada, con ademán bravucón.

Pero se encontraba con un adversario peligroso y valiente.

Rebecca no se hizo repetir el reto. Empuñó la tizona y salió al encuentro del fanfarrón.

Se cruzaron los aceros y comenzó una lucha sobre el miar, presenciada por un centenar de proscritos y de desalmados.

El criminal era hábil en el manejo de las armas. Luchaba con maestría y con fuerza, más la muchacha semejaba un gato, saltando desde un lugar a otro de la cubierta. El pirata le lanzaba estocadas que ella paraba, acosándole a su vez sin descanso y con gran ímpetu. Por fin las fuerzas comenzaron a fallarle al criminal y retrocedió, esgrimiendo la tizona con un brazo de acero. Rebecca siguió atacando, hasta que atravesó de parte a parte a su adversario.

Luego se volvió hacia los piratas, que la contemplaban mudos de estupor, y, señalando al muerto con la espada desnuda, preguntó:

—¿Algún otro quiere disputarme el mando?

La lección fué provechosa y nadie más discutió la jefatura de aquel ser misterioso.

La muchacha se encaminó hacia las Indias Occidentales y comenzó a. asaltar a los barcos que se cruzaban con su nave. Eligió la noche para atacar, desarrollando una táctica personal, que siempre le dio buenos resultados.

Examinaba a los cautivas, con la esperanza de encontrar a Ezequiel Smith, pero había, prohibido que sus hombres asesinaran a sangre fría o molestaran a las mujeres.

Asimismo atacó las plantaciones, confiando que encontraría a su novio entre los esclavos.

Pero todo fué en vano. Incansablemente siguió navegando, y así nació La Máscara.

VITAMINA «K»

El doctor. ??— Lo encuentro muy> débil. Deberá tomar este extracto de -hierbas que contiene vitamina K en gran cantidad. Tenga usted en cuenta que los bueyes no comen otra cosa.
El paciente. — ¿Y no sería igual que me comiera el buey en lugar de la hierba?

DIPLOMACIA

Don Cayetano tiene varios invitados a comer y ordenó a sus sirvientes que sacaran cubiertos de oro en su obsequio. Mediada la comida, observó que uno de; los comensales escondía con el mayor disimulo una de las cucharas. Para no verse obligado a llamarle la atención directamente, don Cayetano escondió otra cuchara y cuando el criado encargado de retirar la mesa había hecho varios viajes inútilmente en busca de las dos cucharas que hallaba a faltar, su dueño le dijo :

— Toma, descuidado, toma esta. cuchara y el señor Rodríguez te dará la otra, que le encomendó guardar para probar tu diligencia.

CAPÍTULO V

A IMPULSOS DE LA AVENTURA

Apoyado en la borda, Villegas meditaba acerca de la histeria que aquella extraña, muchacha le había relatado.

Sin saber por qué razónale había impresionado.

Carecía de garantías de que fuera cierto, pero él lo creía. Era muy posible que aquel pirata hubiera apelado a su sentimentalismo para eludir el castigo que merecía. Nada le aseguraba que había dicho la verdad.

Y, sin embargo, Diego la creía.

Desde luego La Máscara no era un pirata vulgar. Prueba de ello es que respetaba a las mujeres y a los prisioneros.

Por un instante quedó perplejo. Hacía muchos años que cabalgaba a través de la aventura y jamás se había impresionado de aquella manera. ¿Por qué?

Sentía una profunda piedad por Rebecca Grattan. No ignoraba el corsario los sufrimientos a los que debió verse sometida, Para una mujer la necesidad de rodearse de hombres duros y proscritos debía ser un continuo tormento. No podía confiar en nadie más que en aquel Kimberley, el antiguo escudero de su padre que en la actualidad era su segundo.

Además, al verse sola en el mundo, debió sentirse muy desgraciada, y el aventurero admiraba su valor. No lloró como corresponde a una mujer, si no que se alzó como el espíritu de la venganza, dominando su debilidad.

En cuanto a su deseo de vengar la muerte de su padre, al corsario esto le parecía lo más natural del mundo. Los españoles no olvidaban con facilidad y en aquella época se había dado el caso de más de un hidalgo que durante veinte años buscó a un enemigo por toda Europa para vengar una ofensa,

Por lo que se refería a aquel Alexander Macmahon, Diego sabía imaginarse el sufrimiento de una persona enamorada a quien las circunstancias separaron del objeto de su amor. Conocía demasiado bien la constante y mortal angustia que representa cada minuto que pasa alejado del ser amado.

La tortura de saberle en poder de un enemigo que le atormente, el sufrimiento moral de la incertidumbre que agota las energías físicas.

No podía censurar a Rebecca o La Máscara por querer vengarse de Ezequiel Smith.

De haber seguido su impulso, el capitán la habría ayudado.

Hubiera colocado su buque y su espada al servicio de aquella muchacha tan valerosa y, a la vez, tan femenina. Pero Villegas no podía hacerlo. El galeón había sido confiado a sus manos para perseguir a los bucaneros y a los piratas, no para que ejecutase su voluntad.

Además debía pensar en sus compañeros. Era cierto que estaban siempre dispuestos a seguirle, pero no debía enzarzarlos en una empresa personal.

La noche comenzaba a diluirse. En el horizonte un resplandor lechoso indicaba que la aurora se acercaba.

En cuanto naciese el nuevo día, aprenderían el rumbo hacia Santo Domingo, donde La Máscara sería juzgada con todos sus hombres.

Durante su vida aventurera, Diego de Villegas había dado muerte a muchos hombres, se había batido por toda Europa y había dormido en campos de batalla sembrados de cadáveres. Jamás llegó a conmovirse, y, sin embargo, se sentía avergonzado de entregar a Rebecca.

Nunca se batió con una mujer y este hecho le dejaba confuso. Durante unos minutos estuvo tentado de dejarla escapar.

Oyó unos pasos a su espalda, acompañados del tintineo de unas espuelas. Pérez de Lerma se acercó al capitán.

Se acodó en la borda y sonrió avergonzado.

—No podía dormir y salí a respirar aire fresco —se excusó.

Diego asintió en silencio. Durante unos segundos ambos permanecieron callados.

Juan carraspeó con nerviosismo.

—¿A qué hora partimos? —preguntó.

—Pues alrededor de las siete.

—¿Directamente hacia Santo Domingo?

—Sí.

Hubo otra pausa, aún más larga. De improviso, el alférez se irguió.

—Mira, Diego —dijo—. Hace tiempo que nos conocemos. Sabes muy bien que nunca me he acobardado. Nos hemos visto juntos en bastantes fregados. Pero hay cosas que un hombre no puede tolerar.

Villegas le contempló con una sonrisa de burla. Juan se sintió nuevamente cohibido.

—Perdona que hable así, Diego, pero es que se me hace intolerable que entreguemos a la justicia a esa muchacha tan valiente.

—A mi me sucede lo mismo.

Pérez de Lerma le miró con asombro.

—¿También a ti?

Asintió en silencio el capitán.

—Entonces, ¿por qué...?

—No puedo traicionar la confianza que en mí ha puesto el Almirante. Además, siempre he tenido en cuenta a mis hombres. No sé lo que pensarían si dejaba escapar a un pirata cautivo.

Alguien tosió a espaldas de Villegas. Se volvieron los dos oficiales para encontrarse con Fajeda, El Tuerto y Menergas, que, muy contritos, se habían detenido a cierta distancia de sus superiores.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Los tres corsarios se indicaron por señas que uno debía hablar y al fin empujaron al escudero, quien, después de fatigar saliva, comenzó a decir:

—Verá, vuesa merced, los hombres querían hacer una petición a su capitán; y me han comisionado a mí por tener más intimidad con vuesa merced.

—¿Y estos dos? —preguntó Diego, señalando al Tuerto y a Menergas.

—Me acompañan.

—¿Qué quieres?

Pedro tragó saliva nuevamente y agregó:

—Pues... pues... —pareció dudar y miró a sus compañeros, que por señas le indicaron que continuase—. Quisieran los hombres pedir un favor a vuesa merced. Saben que La Máscara es una mujer y conocen los motivos que la impulsaron al mar. No es de caballeros perseguir a una dama y en cambio la hidalguía nos obliga a ayudada. Por esta razón pedimos a vuesa merced que ponga en libertad a La Máscara.

Villegas contempló a sus corsarios e, inesperadamente, rompió a reír convulsivamente ante el asombro de sus aventureros, que le miraban extrañados.

* * *

En el camarote del capitán se habían reunido los jefes de «El Antillano».

Diego les examinó con atención.

Formaban en realidad un conjunto formidable y audaz.

Martín Ohando, el piloto, hercúleo y leal. Juan Pérez de Lerma, el alférez, ágil y sonriente, enérgico y peligroso, Alonso de Guevara, ansioso de fama y adicto hasta la muerte al hombre que rescató a Margarita de Monterrey. Gustavos Leyden, el sargento, fuerte, tenaz y reposado, dispuesto siempre a ejecutar una orden. Luigi Matholi, el condestable, vivaz y alegre, y Vicente de Azogue, escandaloso y eficaz.

Con aquellos hombres podía llegar al fin del mundo,

—Os he reunido —comenzó a decir Villegas— para exponeros un asunto que Pérez de Lerma y yo hemos discutido y, que por su parte,

me han pedido los hombres de la tripulación. Os he relatado ya la historia de La Máscara y sabéis qué razones la impulsaron a lanzarse al mar. Creo que convendréis conmigo en que nada hay de reprochable en su conducta. Ciertamente que ejerció la piratería, pero pensad en la desesperación de esa muchacha al encontrarse sola, muerto su padre y separada de su novio, prisionero. —Diego hizo una pausa y fijó la vista en sus oficiales, que le escuchaban con interés. En sus semblantes enérgicos y bronceados se retrataban la simpatía de los aventureros en todo el que rompe con los convencionalismos. El corsario continuó:— Los españoles no hacemos la guerra a las mujeres y, por tanto, he pensado...

—En ponerla en libertad —interrumpió Ohando en nombre de todos.

—No —siguió diciendo el capitán—. Eso podría traernos disgustos, ya que continuaría navegando La Máscara y quizá algún día cayese en manos de algún bucanero o de algún oficial de la armada que la ahorcase.

—¿Entonces? —quiso saber Pérez de Lerma.

—Propongo, si a todos os parece bien, que ayudemos a esa muchacha a vengar a su padre y a rescatar a su novio.

Pérez de Lerma lanzó una exclamación de alegría. Villegas continuó:

—Exigiremos su palabra de honor de que una vez concluida la empresa en que vamos a embarcarnos, dejará esta vida y desarmará su buque.

La noticia fué transmitida a la tripulación que estalló en vítores de entusiasmo. Deseaban ayudar a aquella joven y dieron todos su palabra de honor de que jamás rebelarían a nadie lo que iban a hacer.

Además, renunciaron generosamente al botín capturado, para que Rebecca y los demás piratas pudieran rehacer su vida.

En el fondo de sus corazones de guerreros y de soldados de fortuna se ocultaba un sentimentalismo viril, que se emocionaba ante la historia trágica de la joven,

Villegas, en compañía de Ohando y de Pérez de Lerma, se trasladó a la nave de La Máscara.

Los corsarios que guarnecían aquel buque se habían enterado asimismo de la noticia y recibieron a su capitán con sonrisas alegres y animosas.

Diego cruzó la nave hasta llegar al camarote de Rebecca. Pidieron permiso para entrar y la muchacha les recibió con mucha menos agresividad que otras veces. Incluso al fijarse en el capitán sus ojos parecieron iluminarse con una débil sonrisa. Tan sólo al descubrir al alférez adquirieron su antigua expresión de fiera.

Villegas presentó a Martín Ohando a Rebecca, quien admiró su

hercúlea musculatura.

Se veía a la muchacha abatida y triste a causa de su cautiverio, de cuyo fin no se engañaba, pero en modo alguno semejaba vencida.

Diego pidió permiso para sentarse y la joven asintió enseguida, tomando también asiento a su vez.

En realidad, se dijo el corsario, no parecía el terrible pirata que había saqueado los mares y que durante tanto tiempo le había logrado burlar.

—¿Puedo servirles en algo? —preguntó Rebecca.

—Sí, O mejor dicho, somos nosotros quienes queremos serviros —replicó Villegas.

—Queremos demostrarle que no todos los soldados son tan crueles —intervino Pérez de Lerma.

—Quizá no lo sean, pero todos resultan molestos —dijo La Máscara.

Diego y Ohando cambiaron urna sonrisa mientras el alférez se mordía los labios.

—Hemos venido a exponeros una decisión de todos los tripulantes de «El Antillano» —agregó Villegas para romper la tirantez del ambiente.

Martín observaba a hurtadillas a Juan Pérez de Lerma, que, herido en su orgullo de afortunado con las mujeres, se retorció el bigote con furor.

—¿Cuál es esa decisión? —quiso saber Rebecca.

—Todos mis hombres conocen su historia. No sé cómo la averiguaron, pero lo cierto es que es así —aseguró Villegas,

—¿Y bien?

—Creemos que la vida ha sido muy injusta con vos. Puedo aseguraros que no hay un solo hombre entre todos mis corsarios que no comprenda las razones que os impulsaron a la piratería. Juzgamos que es casi un deber vengar la muerte de vuestro padre y admiramos vuestro valor y vuestra tenacidad que no cesa en la persecución del hombre que le traicionó.

—También nos parece elogiosa vuestra fidelidad hacia vuestro novio —se atrevió a decir el alférez.

Como si la voz de Pérez de Lerma fuese un látigo que azuzase a la cólera de Rebecca, se revolvió hacia él la joven.

—Les agradezco su compasión, pero no la he pedido.

—No hemos venido para ofrecerse compasión, sino ayuda —declaró el capitán.

La Máscara le miró con estupor. Sus grandes ojos se dilataron de asombro y los fué fijando en los tres hombres que la rodeaban.

—¿Cómo ha dicho?

—Queremos ayudaros a que venguéis a vuestro padre y rescatéis

a vuestro novio.

Abatió la cabeza la joven y por un instante permaneció con la vista fija en el suelo. Toda su orgullosa actitud se había derrumbado y sus hombros temblaban ligeramente. El alférez tuvo que hacer un esfuerzo para no tomarla entre sus brazos.

Luego la muchacha alzó nuevamente la cabeza. Estaba muy pálida, sus lindos labios aparecían ligeramente contraídos y sus pupilas se veían empañadas.

—¿Por qué hacéis esto? —preguntó.

Villegas se encogió de hombros.

—No lo sé. No existe razón alguna para que ayudemos a la persona cuya captura nos habían encomendado. Es posible que nos haya admirado vuestro valor. Pocas mujeres habrían sabido mantener esta actitud tan digna, Pero yo desearía que estableciéramos un pacto. Nosotros os ayudaremos. Dejaréis de ser una cautiva junto con vuestros hombres. Una vez concluido este asunto, quedaréis en libertad, dándome vuestra palabra de honor de que jamás volveréis a las andadas.

Rebecca le escuchaba atentamente. Cuando el capitán concluyó de hablar se estremeció y, con un esfuerzo, logró serenarse.

—Os doy mi palabra —dijo.

Se puso en pie y dio unos pasos por la habitación.

—Os ruego que me perdonéis, caballeros —exclamó—, pero este brusco cambio en mi posición me ha sobresaltado. Hace unos minutos era yo una cautiva que esperaba ser juzgada y ahora estoy en libertad y van a ayudarme a vengar a mi padre y a salvar a mi novio. Les doy mi palabra de honor de que en cuanto haya llevado a cabo mi misión me retiraré y jamás se volverá a oír hablar de La Máscara. Es más, desde este momento se puede asegurar que ha fallecido. Desde luego, respondo de mis hombres como de mí misma.

—Bien-continuó Villegas —. Debemos concretar acerca del trabajo que nos espera. De ese Ezequiel Smith, ¿tiene usted noticias?

—No. No pregunté por él a nadie, temiendo que si llegaba a sus oídos se alejaría del Caribe.

—Será difícil encontrar a un hombre del que nada se sabe-continuó Diego —. Los únicos datos que poseemos es que vino hacia las Indias Occidentales. Tratándose de un inglés lo más lógico es que se encuentre en Jamaica o en Barbados. Ciertamente que pudo refugiarse entre los bucaneros de Haití o de la Tortuga. También pudo haberse unido a los cazadores de pieles de Guadalupe o a los que recolectan el palo campeche en Nicaragua.

Nadie respondió, pues la envergadura de su misión la hacía casi irrealizable.

De pronto Pérez de Lerma dijo:

—Si no recuerdo mal, a ese Ezequiel Smith le faltan las orejas.

—Así es —confirmó Rebeca.

—¿Recordáis, Diego, a aquel negrero cuyo buque detuvimos? A él también le faltaban las orejas.

—Cierto —asintió el capitán—. Se llamaba Henry Mordaunt y su licencia de navegante estaba expedida en Port Royal.

—Eso no prueba nada —intervino la joven—. Entre gente aventurera son muy frecuentes las mutilaciones.

—Sin embargo, tengo una corazonada —insistió Pérez de Lerma.

—Yo también —dijo Villegas—. Y creo, que el único modo de averiguar dónde reside ese Mordaunt es marchando a Jamaica.

—¿A Jamaica? —repitió Rebecca—. Sería una locura. Vuestro nombre es allí muy popular y me consta que secretamente el Gobernador ha ofrecido una recompensa a quien os entregue vivo a muerto. Alguien podía reconocerlos y entonces estaríais perdidos.

Villegas asintió.

—Es un honor para mí que el enemigo me considere tan peligroso. Pero creo que es el único medio y voy a intentado.

—No debes ir solo, Diego-objetó Juan.

—Me acompañará Fajeda. Ambos hablamos bastante bien el inglés para no despertar sospechas.

—Yo te acompañaré —propuso Pérez de Lerma—. Entre los tales descubriremos a ese Mordaunt Smith o como se llame.

—¿Conoces el inglés?

—No, pero conozco el francés.

—Bien. Creo que podrás pasar por un caballero francés de buena crianza y gustos refinados. Ahora es necesario elegir una isla donde los dos buques puedan aguardar sin peligro de que sean descubiertos por el enemigo.

Ohando se rascó la barbilla.

—Debes tener en cuenta —prosiguió Villegas—, que no debe estar muy lejos de Jamaica, ya que es muy probable que nosotros debamos huir a toda prisa de la colonia inglesa.

Martín sonrió.

—Al Oeste de Jamaica existen unos Motes repletos de vegetación, muy apropiados para carenar buques. En ellos se podría ocultar un ejército entero sin que lograran descubrirlo. Una de ellas, la mayor, denominadla Isla de las Animas, me parece la más conveniente.

—De acuerdo. Esperadme allí. Ohando tomará el mando de los des buques. Las tripulaciones se mezclarán. No temo una traición, pero así los hombres se sentirán más tranquilos. Su buque navegará bajo las órdenes de Alonso de Guevara. Es más conveniente para vos, ya que así no habrá peligro que es vean con el rostro descubierto.

Era Port Royal, la capital de Jamaica, un alegre puerto construido

en la bahía de Kingston.

Sus blancos edificios de estilo inglés se mezclaban con otros más antiguos, de aire más severo y construcción más rígida, recuerdo de la dominación española.



Martín observaba a hurtadillas a Juan Pérez de Lerma.

Sus blancos edificios de estilo inglés se mezclaban con otros más antiguos, de aire más severo y construcción más rígida, recuerdo de la dominación española.

Jamaica fué descubierta por Cristóbal Colón en 1494. Unos años más tarde se estableció una colonia española y comenzó la vida en la isla.

Como ocurrió con todos los indios del Caribe, raza débil y enfermiza, los nativos no lograron resistir el contacto con la civilización. A pesar de que las Leyes de Indias, promulgadas por los Reyes de España, les excluían del trabajo pesado y de toda actividad, al abandonar su vida salvaje y libre por completo, languidecían, cayendo en una especie de postración que les llevaba al sepulcro. Muy pocos lograron aclimatarse a su nueva existencia, donde tantas cosas desconocidas ocurrían, como por ejemplo habitar casas de piedra, ir vestidos y realizar ligeros trabajos. Los negros traídos de la Guinea para trabajar las plantaciones absorbieron a los primeros habitantes, de escasa fuerza racial. Muchas indias, que, según el relato de los conquistadores eran de gran belleza, se unieron a los blancos y en pocos años la raza desapareció por completo.

Tan sólo los caribes, que habitaban en Cuba, presentaron una franca resistencia a los blancos, mandados por el feroz cabecilla Caonabo, pero Alonso de Ojeda les derrotó con tal fiereza que se convirtieron en una raza tan pacífica y débil como las demás.

Eran los indios de las Antillas como el quetzal que al perder su libertad muere de tristeza.

Formóse una población de negros, mestizos, mulatos y zambos que dan, aun en la actualidad, su carácter propio a las Antillas. Cuando la colonia española de Jamaica llevaba más de un siglo de vida, las naves inglesas atacaron la isla. Durante (tres años lucharon los españoles incesantemente contra los invasores, pero al fin fueron vencidos. Expulsados de sus hogares, dejando las riquezas que con su trabajo habían creado, los colonos debieron abandonar Jamaica. Sus esclavos se negaron a reconocer a los nuevos amos y huyeron hacia los montes del interior, como antes había ocurrido en Haití. Temerosos los ingleses de que sus negros sí sumaran a los cimarrones, transportaron a la isla esclavos blancos. Una mañana entró en la bahía de Kingston un navío mercante francés.

Mientras los tripulantes ejecutaban la maniobra, dos caballeros, acodados en la borda, charlaban, mientras su criado permanecía respetuosamente apartado.

Ambos interlocutores, pasajeros del buque, parecían personas de calidad, pero cierto aire de audacia e intrepidez les señalaba como pertenecientes a la casta de los aventureros.

Se inscribieron en el buque con los nombres de Sir John Snooks, inglés, y el caballero de la Fere, francés. En cuanto a su criado, Peter Malcom, parecía más bien un soldado que un lacayo, y entre los marineros se susurraba que con toda seguridad aquellos pasajeros no

eran otra cosa que bucaneros.

Embarcaron en Santa Cruz, lugar al que nadie pudo decirles cómo habían llegado, pero como en aquella época muchas personas preferían revestirse de misterio, nadie le dio demasiada importancia.

El buque se acercó a Port Royal, cuyos muelles se veían atestados de embarcaciones de velas blancas. Un gran número de cocoteros daban sombra al puerto. Entre el verde ramaje brillaban las blancas fachadas de los edificios.

Sobre el mar se alzaba la antigua fortaleza española, en la que entonces ondeaba la bandera de Inglaterra..

Los dos caballeros que contemplaban el hermoso espectáculo de la bahía, no pudieron evitar un ligero parpadeo al ver la enseña británica dominando un castillo español.

La nave francesa se acercó lentamente al puerto, Desde la cubierta lanzaran las amarras, que unos descargadores se apresuraron a tomar y tiraron con fuerza hasta que el casco del buque chocó con el muelle.

Un gran número de desocupadas, pescadores, marineros, soldados y negros paseaban junto al mar en compañía de alegres y rubias muchachas, o descansaban apoyados en los fardos descargados de los buques.

El sol comenzaba a ponerse, y un tono rojizo teñía el cielo, el mar y la tierra del color de la sangre. En la ciudad comenzaban a brillar las luces.

Era la hora en que el calor no agobiaba y la población salía a las calles a gozar de la fresca brisa del mar.

Casi todo el mundo en Jamaica vestía ropas blancas y se cubría los cabellos con amplios sombreros «panamá». Muchas mujeres lucían sombrillas, considerándolo como un signo de elegancia y de respetabilidad.

Los dos pasajeros descendieron a tierra, seguidos por el criado, que cargaba con su equipaje.

Echaron a andar, cruzándose con la multitud que cruzaba por. El puerto.

Las naves detenidas en Port Royal eran en su mayoría inglesas, francesas y holandesas.

Sus tripulaciones se mezclaban por los muelles, dando una nota variada en aquella escena de color.

Junto al puerto se alzaba la parte antigua de la población, de construcción española. Los altos edificios formaban una larga calle de arcadas por la que se podía pasear a la hora del sol,

A partir de aquella especie de plaza se extendía un laberinto de callejuelas estrechas, habitado por la gente marinera. El olor salino del mar, el vaho a pescado y los distintos perfumes que emanaban de los

figones, creaban una atmósfera irrespirable y agobiante,

Por la reducida calzada de aquellas callejuelas andaban, dando traspies, marineros y pescadores borrachos. A la puerta de los figones se veían mujeres escandalosamente pintadas y bravucones tatuados, con pañuelos anudados a la cabeza. Una amplia avenida bordeada de cocoteros, se extendía junto al mar. Por allí paseaban, a caballo o en coche, las personas de calidad, saludándose con el mismo respeto como si hiciera meses que no se habían visto.

Aquella avenida conducía hacia la parte alta de la ciudad, donde, alrededor de algunos palacios de estilo español, se alzaban las viviendas inglesas.

Los dos caballeros se encaminaron hacia la posada «The White Unicorn»⁶. Allí unos mozos se hicieron cargo del equipaje de los dos viajeros y un posadero, sonriente y mofletudo, deslumbrado por los ricos atavíos de los nuevos huéspedes, les ofreció su casa, acompañando la oferta con grandes genuflexiones.

Mientras el caballero inglés se informaba de las habitaciones que podían reservarles, el francés dirigía miradas de aprobación a la hija del posadero, que permanecía sentada tras el mostrador.

La posada era muy amplia y pintada de blanco. Alrededor de varias mesas se sentaban capitanes de barco y oficiales del rey, así como jóvenes espadachines y comerciantes apacibles.

En un extremo de la sala ardía un alegre fuego, donde asaban pollos y cerdos.

El criado de los dos caballeros aspiró el suave perfume de la carne asada y sonrió con placidez.

Dos camareras cuchicheaban entre sí y dirigían sonrisas y miradas provocativas a los dos nuevos huéspedes.

Entre la clientela que llenaba la posada, destacaban aquellos dos hombres. La mayor parte de parroquianos, los marinos, los soldados

y los espadachines, eran fuertes y enérgicos, de piel bronceada y aire atrevido. Se advertía en ellos a los hombres de armas, acostumbrados desde siempre a batirse y a luchar contra los elementos, pero los dos viajeros sobresalían sin que nadie pudiera explicar la razón.

Su tez curtida no tenía el tinte rojizo propio de los hombres del Norte. Eran morenos, tanto por color de sus cabellos y de sus ojos, como por el tono de la piel. Eran fuertes, pero no corpulentos, sino enjutos, ágiles y flexibles como el acero de Toledo. En torno a sus personas irradiaba una sensación de peligro que los aventureros allí reunidos advertían muy bien y una luz de infinita audacia brillaba en sus oscuras pupilas.

El posadero acompañó a los dos nuevos huéspedes a sus habitaciones, seguidos por los mozos que cargaban el voluminoso

equipaje.

El lacayo fué conducida a la suya por una camarera que reía sin cesar de los elogios que éste le dirigía,

Una vez en sus habitaciones, los caballeros informaron que cenarían en la sala grande y el posadero se alejó.

Entonces el francés se dirigió al dormitorio de su amigo inglés y, después de cerrar la puerta y cerciorarse de que nadie les escuchaba, dijo en castellano:

—Bien, Diego, ¿qué hacemos ahora?

Diego de Villegas, pues de él se trataba, se encogió de hombros y respondió:

—Lo ignoro aún, Juan.

Juan Pérez de Lerma, que no era otro que el caballero francés, se atusó tranquilamente el bigote. A muchas millas de distancia de sus fieles corsarios, los dos españoles desembarcados en Jamaica, un lugar donde se les odiaba tanto como en la Tortuga o en Haití. Para ayudar a una muchacha desgraciada, no dudaron ni un instante en exponerse al mayor de los peligros. Con la ayuda de Fajeda, que no era otro que el lacayo, desafiaron a todos los soldados y marineros que Su Graciosa Majestad tenía en el Caribe.

Pérez de Lerma se asomó a la ventana y contempló la calle, atestada de gente. Un débil farol de aceite rompía la penumbra del atardecer.

—Si supieran quiénes somos —comentó—, se lanzarían sobre nosotros para despedazarnos.

—No todos —agregó Villegas—. Muchos tendrían miedo a nuestras tizonas.

—Confío en que tendremos algún duelo—dijo Juan—. Deseo antes de abandonar Jamaica, dejar aquí un buen recuerdo.—. Sonrió agregando: —La muchacha que sirve en el mostrador es muy bonita. Creo que nos haremos muy buenos amigos.

—¿Cómo te entenderás con ella si no hablas el inglés?

Pérez de Lerma se encogió de hombros.

—Eso no es problema. Pero dejemos este asunto. Volvamos a lo que nos ha traído aquí.

—Bien —asintió Diego—. Nos encontramos en una ciudad extraña y desconocida. De nadie sabemos que pueda orientarnos, para encontrar a Henry Mordaunt, de quien sospechamos que su verdadero nombre es Ezequiel Smith. El único dato es que le faltan las orejas.

—Verás cómo no nos equivocamos. He tenida una corazonada —aseguró el alférez.

—Quizá el único medio sea dirigirnos al mercado de esclavos. Mordaunt es un negro.

Juan asintió.

—Desde luego. ¿Y si le vemos allí cómo vamos a saber que se trata del que buscamos?

—No te apresures tanto. Espera primero que hayamos encontrado a Mordaunt. Eso es lo primero.

—No, lo primero es cenar.

Descendieron a la sala, donde el posadero había dispuesto una mesa en la que les sirvió una cena.

Villegas le preguntó al propietario de «The White Unicom»:

—¿Dónde está el mercado de esclavos?

El posadero le dio las señas.

—Pero —añadió— no se celebra hasta el jueves.

Concluida la cena, los dos corsarios, seguidos por Pedro, se encaminaron al mercado de esclavos.

Se trataba de una plaza no muy ancha a la que se llegaba a través de estrechas callejuelas,

Villegas y el alférez examinaron detenidamente las entradas y las salidas de dicha plaza, mientras Fajeda vigilaba.

Era imprescindible conocer bien el terreno para evitar cualquier contingencia.

CAPITULO VII

LOS HERMANOS DE LA COSTA

La posada «Le Brave Boueanaire» se veía atestada de público.

Una espesa cortina de humo de las pipas y de la cocina nublaba el ambiente.

El posadero recorría sin cesar las mesas, asegurándose de que a nadie le faltaba bebida, así como de que nadie se marchara sin pagar.

Las alegres mozas reían las gracias de los turbulentos y sucios parroquianos, mientras atendían las peticiones de la clientela.

Pero el posadero mantenía la vista fija en una puerta, junto a la que montaba guardia un gigante, vestido con ropas de mar, y armado con dos pistolas y un machete. El semblante de aquel hombre se veía tatuado por completo.

Era la posada «Le Brave Boucanaire» la más famosa de la Tortuga.

Allí se reunían los filibusteros y los cazadores de pieles para gastar alegremente sus ganancias.

Era un edificio amplio y de dos pisos, con una bodega bien surtida.

Unos escalones; gastados por el uso, conducían desde la calle a la planta, donde estaba instalada la taberna. Las mesas se apretujaban, para acoger a la clientela chillona y abigarrada, a pesar de lo cual lograban encontrar asiento.

En las paredes, que en un principio fueron blancas pero ya era muy difícil adivinar su color a causa del tiempo, del humo y del continuo contacto con cuerpos sudorosos, se veían a modo de arrimaderos, varias hileras de toneles.

En un extremo de la sala, se veía una chimenea, que ardía siempre, en la que se cocinaban los platos pedidos por la clientela.

Varios faroles de aceite iluminaban y desparramaban humo por la sala.

Unos amplios ventanales permitían la entrada del sol durante el día y durante la noche servían para renovar el aire viciado de la sala.

La concurrencia semejava una reunión de locos furiosos, vestidos seguía los gustos de su imaginación disparatada.

Muchos, siguiendo la costumbre adquirida en los buques, iban con los pies desnudos. Otros calzaban zapatos de todas las clases y categorías. Desde los gruesos zapatones de aldeano hasta los delicados zapatos de aristócrata, con hebilla de plata y no faltaban los que lucían botas altas de cuero.



La posada «Le Brave Boucanaire» se vela atestada de público.

Casi todos lucían amplios pantalones de marinero y medias a rayas. Luego, la imaginación se desbordaba. Unos vestían camisas más o menos blancas y más o menos limpias, jubones de terciopelo, robados en los abordajes, coletos de ante e incluso casacas militares.

Muchos ostentaban pañuelos en la cabeza, otros lucían el cabello suelto y algunos exhibían chambergos adornados con plumas. Pero todos parecían estar de acuerdo en una cosa. Se ceñían con un amplio

cinturón de cuero, del que pendían sus armas.

Más de una vez, algunos borrachos se habían agredido hasta matarse y en el suelo se podían ver aún las señales de la sangre y en las paredes las señales de los balazos.

No era extraño que algunos bucaneros se entretuvieran lanzando monedas al aire y haciendo puntería con sus pistolas. En esos casos, la clientela, solía apartarse y presenciar entusiasmada el concurso de tiro.

Entre los filibusteros los había de todas clases y edades. Jóvenes casi niños, hombres maduros y viejos de cabellos blancos. Pero en todos aquellos semblantes curtidos y mal afeitados se advertía el sello de brutalidad, estigma de su sanguinaria profesión.

Los cazadores de pieles, los antiguos bucaneros, eran más sólidos y más rudos. No poseían la vivacidad de los hombres, del mar. Su piel tenía un tono bronceado más amarillento que el de los filibusteros. Por costumbre de habitantes de las selvas, se dejaban crecer libremente la barba y los cabellos, que se cubrían con anchos sombreros «panamá». Vestían camisas blancas de cuello abierto, calzones ajustados con medias blancas, o pantalones del mismo color y calzaban zapatos de campesino y abarcas de piel. Al cinto lucían un pesado cuchillo, de los que en España se denominaban vaqueros, y, con menos frecuencia, una pistola de arzón.

Entre los cazadores de pieles se encontraba una variedad que no se hallaba entre los filibusteros, donde se reunían todas las razas europeas.

Muchos de los tramperos eran mestizos y aun zambos o alcatraces.

La clientela de «Le Brave Boucanaire» era una representación de la plaga que asolaba los mares y que a sí mismo se denominaba «La Hermandad de la Costa».

El posadero pudo ver que el filibustero de cara tatuada que montaba guardia ante la puerta le hacía una seña y corrió presuroso hacia aquella habitación.

Era quizá la más soleada de todo el edificio y desde luego la más limpia.

El posadero se inclinó, escuchando la petición de más bebida. Se alejó, regresando al punto en compañía de un camarero que traía varias jarras de vino.

Los hombres reunidos alrededor de una amplia mesa y que ni por un instante abandonaban sus espadas, eran los cabecillas de la flota bucanera.

De distinta nacionalidad y condición, nada tenían en común más que el afán de lucro y el ansia de pelea.

Los nombres de aquellos capitanes proscritos debían pasar a la

historia como símbolos de horror y crueldad.

A causa de su excesivo volumen destacaba entre todos Henry Morgan. Era corpulento y fornido, de tez amarillenta y pecosa y cabellos rojizos. Se adornaba con unos lacios bigotes y siempre parecía dispuesto a estallar a carcajadas, pero aquellos que le habían tratado íntimamente sabían que cuando Morgan se enfurecía nada podía calmar su cólera. Vestía con excesivo lujo, como si de este modo quisiera ocultar su ordinariez y tosquedad.

A su lado se encontraba un joven atildado y rubio, de elegantes ademanes. Era Bartholomew Sharples, su segundo.

No lejos de Morgan se sentaba un hombre de mediana estatura y ágiles movimientos, que vestía calzones rojos y una, camisa blanca igual que un simple marinero. El único signo que delataba su alta condición era su espada, que pendía de un rico tahalí de cuero rojo, recamado en plata, que contrastaba con su burdo ropaje. Se trataba del famoso Walter Sout. Le acompañaba un segundo, Simón Wogan, alto y huesudo, de cabellos blancos y expresión de ave de presa.

Pero el más sorprendente de todos era el sanguinario François L'Olonais. Alto y enjuto, de piel bronceada, era indudablemente un hombre guapo. Sus negros cabellos caían hasta los hombros y bajo el fino bigote relucían sus blancos dientes en una eterna y sardónica sonrisa cruel. Sus cejas de enérgico trazo cubrían unos ojos semientornados, que despedían chispas.

Vestía una camisa blanca de cuello abierto y una casaca ceñida por una faja de seda. Un tahalí de cordobán le cruzaba el pecho y calzaba botas hasta el muslo.

De toda su persona emanaba una sensación de valor alocado. Tenía algo de diabólico.

A su lado se veía un gigante rubio. Era Moisés Van Vin, su segundo.

Los demás hombres allí reunidos carecían de la fama de Morgan, de L'Olonais, los dos jefes de «La Hermandad de la Costa», y de Stout. Sin embargo, sus nombres no han pasado al olvido. Aun se recuerdan las crueldades de Van Hora, de John Cock, de Edward Davis y de Jeremy Leach.

El camarero sirvió los vasos y se retiró, mientras el posadero se apresuraba a asegurar a aquellos hombres que toda su casa estaba a su disposición.

L'Olonais bebió y reanudó su relato:

—Pues, como os decía, pienso instar un golpe que nos produzca grandes beneficios a todos.

—¿Cuál es? —preguntó Stout.

—Si os agrada podéis asociaros conmigo —continuó François—, pero, de todos modos, pienso acometer la empresa.

—Hablad de una vez —apremió Morgan.

—Os habréis dado cuenta de que las expediciones por mar data cada vez menos resultado. Los españoles se han alarmado y, naturalmente, no envían ningún convoy sin la conveniente escolta. Resulta difícil atacar a las naves de guerra españolas. Esto explica por qué desde hace muchos meses no hemos reunido ningún botín que valga la pena nombrarse.

Los demás capitanes asintieron con desgana.

—Por si esto fuera poco, él capitán Villegas y sus corsarios nos cazan sin descanso. Villegas y yo tenemos una cuenta pendiente. La muerte de mi capitán Lope Alvarez —dijo el Olonés, con expresión cruel—. Pero de esto ya hablaremos en su día. Visto el poco resultado de las últimas expediciones he ideado un plan de ataque que creo nos puede producir muchos beneficios.

—¿Y cuál es? —preguntó Van Hora.

—Sí, decidlo —añadió Leach.

—Para esto os he reunido, caballeros. Elegí vuestros nombres entre todos los capitanes de la «Hermandad» por juzgaros los más valientes. Para la empresa que quiera acometer necesito ayuda y tan sólo vosotros podéis hacerlo. He decidido organizar una expedición por tierra.

—¿Por tierra?

—Sí, eso es. Panamá es una región muy rica. Existen muchas minas de oro y además las plantaciones producen mucho dinero. Se encuentran muchas perlas y desde el Pacífico muchos buques transportan hasta allí sus cargamentos, pues es mucho más sencillo que marchar directamente a España. Se alzan ciudades ricas y, hasta cierto punto, desguarnecidas, ya que nadie teme un asalto, que produciría un buen botín a unos cuantos audaces y valientes que se atreviesen a saquearlas.

—Difícil es la empresa —objetó Morgan tras una breve pausa.

—Pero es factible. Hace un año tomé por asalto Ciudad de la Perla, en Granada.

—Granada es una isla —añadió Stout— y pudisteis desembarcar. Luego el resto fué fácil, pero lo que os proponéis es una campaña terrestre en toda regla y esto es arriesgado.

L'Olonais se enfrascó en una discusión acerca de su plan. Todos gritaban y exponían sus puntos de vista. Tan sólo Morgan callaba. Para poner fin a la discusión, François le preguntó:

—¿Qué opinas, Henry?

El voluminoso bucanero se encogió de hombros.

—Quiero estudiarlo. Me parece factible, pero esta vez no cuentas conmigo.

—Ni conmigo —agregó Stout.

—Yo tampoco iré —dijo Van Horn.

El olonés se volvió a los demás.

—¿Nadie se decide?

Leach le hizo una seña.

—Yo iré.

—Y yo —agregó Davís.

—De acuerdo— —dijo François— Mañana nos reuniremos para comenzar los preparativos de esa expedición.

El camarero, que limpiaba el polvo afanosamente, salió de la habitación.

CAPITULO VIII

EL MERCADER DE ESCLAVOS

Casi toda la población de Port Royal se hallaba pendiente del sol.

Afanosamente contemplaban al astro del día esperando que llegara al declive de su esplendor, pues significaba, para la mayoría, que di calor no sería tan agobiante.

También significaba, y esto era lo más importante, que el mercado dé esclavos se abriría. El mercado interesaba a todo el mundo, ya que era una ocasión de reunirse y de celebrar una pequeña fiesta.

Los negreros aguardaban con impaciencia el momento en que podrían obtener el beneficio por su «mercancías» que tantos trabajos les había costado. Los posibles compradores esperaban, como buenos comerciantes, la ocasión de hallar buena ayuda para sus fincas. Las aristócratas pensaban con agrado en el espectáculo que iban a presenciar y en la oportunidad de conseguir una doncella dispuesta. Los jóvenes elegantes se decían que se presentaba una gran ocasión para asediar a las damas. Las familias numerosas podrían distraer gratis a su prole. Las muchachas y los muchachos podrían pasear por entre el gentío y reírse a su gusto.

Los vendedores ambulantes obtendrían buenos negocios. Para — las mozas de los mesones represen fiaría un descanso, pues todos los clientes irían al mercado.

Los esclavos blancos se decían que muy pronto iban a ser vendidos y por esta razón contemplaban al sol y los negros lo contemplaban, recordando sus días de libertad en la selva.

Incluso los centinelas de la fortaleza se hallaban pendientes del astro del día, ya que significaba el fin de un turno y entonces podrían descansar.

En aquellos días un mercado de esclavos —era un acontecimiento tan festejado como una ejecución.

Cuando llegó la hora, como si hubiera corrido la consigna, un gran gentío se encaminó directamente hacia la plaza del mercado.

En un instante se montaron los tenderetes donde ofrecían al público pasteles, frutas, collares y pulseras fabricadas con conchas.

Algunas negras recorrían la plaza vendiendo abanicos y baratijas que ofrecían a las mozas, puesto que las aristócratas poseían ya sus abanicos de plumas.



*...a latigazos obligaron a levantarse
a los esclavos, que se alinearon
nuevamente de mala gana*

La plaza se veía ya abarrotada de gente. Todos charlaban y reían animadamente. Los soldados paseaban escoltando a alguna dama, mientras los marinos se mostraban en compañía de alguna camarera o alguna perdida de los muelles.

De vez en cuando, algún coche, escoltado por un elegante jinete, transportaba a alguna dama, que se protegía bajo una sombrilla blanca.

Vagabundos y tullidos recorrían la plaza, implorando la compasión de los curiosos. Varios músicos ambulantes entonaban, acompañándose con, un laúd, las últimas tonadas en boga.

Bandadas de chiquillos saltaban alegremente, persiguiéndose a

través de la multitud.

Un grupo de alguaciles, distribuido convenientemente, guardaba el orden.

Villegas y Pérez de Lerma se mezclaron entre el gentío que llenaba la plaza, paseando con paso lento,

A corta distancia les seguía Fajeda, que por una vez no lucía la espada de soldado. Ocultas bajo el colete guardaba dos pistolas de arzón y una daga al cinto.

No era probable que hubiese pendencia, pero en caso de estallar, Pedro había observado los aceros que paseaban por la plaza y se apoderaría de alguno que, aunque no tan bueno como el suyo, cumpliría su cometido.

Los dos corsarios observaban disimuladamente los semblantes que paseaban junto a ellos, pero no veían a Mordaunt.

No tenían un plan fijo, pero no dudaban de que la suerte les ayudaría, como siempre había ocurrido.

Por su parte, el escudero no se preocupaba mucho. Sabía que sus jefes encontrarían una solución, y si se armaba un alboroto, y pluguiese el cielo que así fuera, verían todos aquellos herejes lo que valía una espada manejada por un brazo español.

De pronto la multitud se apresuró con presteza.

Precedidos por un grupo de alguaciles, los esclavos entraron en la plaza. Los blancos aparecían formados en hilera y los negros agrupados como borregos. Sus guardianes les acompañaban armados de látigos y de pistolas.

La atención de la multitud se centró en aquellos desgraciados que de un momento a otro iban a ser vendidos como bestias.

Se colocaron en la plaza, custodiados siempre por los guardianes, y aguardaron a que comenzara la venta.

Villegas, Pérez de Lerma y Fajeda buscaban a Mordaunt con la mirada, pero éste no parecía encontrarse allí.

De pronto se oyó un galope de caballos, la gente se apartó presurosa y un piquete de dragones entró en la plaza escoltando a una carroza.

El lacayo que vigilaba en la parte trasera descendió al instante y abrió la portezuela, ofreciendo el brazo a Lord Fromby, Gobernador de Jamaica. Se trataba de un hombre joven aun, robusto y sanguíneo, de erizados mostachos y fruncido entrecejo.

La multitud se descubrió y él se limitó a hacer una inclinación de cabeza. Luego le ordenó al jefe de los alguaciles:

—Que comience la subasta.

Los guardianes, a latigazos, obligaron a levantarse a los esclavos, que se alinearon nuevamente de muy mala gana.

En el centro de la plaza habían alzado una plataforma. Junto a

ella se detuvo el primer grupo de esclavos. Eran irlandeses que se habían sublevado contra el rey. Figuraban también algunos ingleses acusados de traición a la corona o de criminales inveterados.

Estos eran propiedad del estado. El jefe de los guardianes leyó los nombres de aquellos que tenían alguna profesión y alabó las condiciones físicas de los demás. Los clientes examinaban con atención para no fallar sus compras.

El Gobernador en persona compró varios para su plantación.

Luego subieron a la plataforma varios españoles capturados por los bucaneros en distintos buques mercantes. Entre los marineros y viajeros prisioneros se veían algunas muchachas, indudablemente de noble condición. Varias damas las compraron como doncellas particulares.

Cada vez que un nuevo grupo subía al estrado, el jefe de los guardianes daba el nombre de su propietario. De pronto éste exclamó:

—Esclavos de mister Henry Mordaunt.

Los dos corsarios se estremecieron de alegría y cambiaron una nafrada de inteligencia. Quizá fuera aquel el hambre que buscaban.

Azuzados por los látigos de los guardianes, unos negros desnudos comenzaron a salir a la plataforma.

Alguien murmuró a poca distancia de los dos españoles:

—¿Y cómo permiten la entrada de esclavos negros? ¿No temen que se unan a los cimarrones?

—No hay peligro —respondió otra voz—. Mordaunt los deja tan amansados que ni fuerzas tienen para huir.

Villegas, el alferez y Fajeda buscaban al negrero por todas partes. Al fin le descubrieron.

Se le veía acompañado por dos ayudantes, bajo una sombrilla que sostenía un esclavo negro.

Su aspecto en nada había cambiado. Era el mismo hombre sucio, brutal y desaliñado que conocieron los corsarios.

El vendedor cantaba las excelencias de sus negros. De creerlo a él, no se encontraban mejores trabajadores, ni más dulces de carácter en todo el mundo.

Villegas hizo una seña a sus dos compañeros y se acercaron tranquilamente al negrero. La luz era ya bastante difusa y calcularon que Mordaunt no les reconocería.

Sin apartar los ojos de la plataforma, simulando encontrarse embebidos contemplando el espectáculo, se acercaron sin prisa alguna.

Deseaban esperar que la noche cayese para apoderarse de Mordaunt y trasladarlo a su buque.

Era una empresa difícil y peligrosa, pero los españoles confiaban en que, como siempre, la suerte les favorecería.

De pronto Fajeda observó que Mordaunt miraba con atención a los dos oficiales. En sus ojillos de puerco brilló una luz de asombro y se llevó la mano a la tizona, pero volvió a saltar la empuñadura.

Dio el negrero un paso atrás y habló con sus ayudantes. No cabía duda de cuáles eran sus intenciones.

Por fortuna no había visto al catalán. Este se acerca a su amo y dijo:

—Estén preparados vuestras mercedes. Me parece que Mordaunt, les ha reconocido.

—¡Cuernos de Satanás, que sabrá lo que valen tres soldados del rey de España! —masculló Pérez de Lerma.

—No le pierdas de vista —recomendó Diego.

Se perdió Fajeda entre la multitud y clavó sus ojos en los negreros. Avanzaban hacia los soldados, manteniendo bien sujetas las espadas. De un momento a otro descargarían el golpe.

Se encontraban, ya muy cerca de sus amos. Fajeda empuñó las pistolas y apretó los gatillos. Los estampidos se alzaron sobre el tumulto de las gentes. Se oyó el grito de horror de la multitud y se vio cómo caían dos negreros que ya iban con la espada en la mano.

Luego la voz de Mordaunt que exclamaba:

—¡El capitán Villegas! ¡Se encuentra aquí el capitán Villegas!

CAPÍTULO IX

TRES SOLDADOS ESPAÑOLES

Un estremecimiento de horror agitó a la multitud. ¡El capitán Villegas! El temible corsario, a quien nadie lograba vencer, se encontraba en Port Royal.

Ante los ojos desorbitados de la muchedumbre, desfilaron las escenas de abordajes que relataban los bucaneros ingleses. Tropeles de hombres morenos cargaban, sonriendo diabólicamente, mientras sus aullidos hacían retremblar el mundo.

Era como un río desbordado que inundase la ciudad.

Al saber que el capitán Villegas se encontraba en Port Royal, nadie dudó ni un instante que sus corsarios también se encontraban allí. Fué tan fuerte esta impresión que un gran número de muchachas se estremecieron de gozo.

Pero el pánico se había apoderado de la muchedumbre. Como locos, corrían de un lugar para otro, gritando de terror. Parecían haber olvidado la dirección de sus hogares, pues no harían más que regresar al lugar del que huían.

El Gobernador apretó la empuñadura de su espada y exclamó:

—¡Apresadle!

Al instante, alguaciles y soldados desnudaron sus aceros, disponiéndose a luchar contra los corsarios.

Aumentó con esto el pánico de la multitud, que a todo el que esgrimía un arma tomaba por un corsario.

Al querer alejarse de los que aparecían armados, chocaban entre sí, aumentando la confusión que reinaba en la plaza.

Un grito partió de todas las bocas:

—¡Los españoles! ¡Los españoles!

La confusión creía por momentos. Todos pretendían encontrar el camino más corto para huir y no lograban otra cosa que cerrar el paso a los soldados y a los alguaciles que, espada en mano, buscaban a los españoles.

La escolta del Gobernador había desmontado y rodeaba a su jefe, para protegerle de cualquier ataque.

Por su parte los guardianes de los esclavos los agrupaban a latigazos, obligándoles a marchar —de la plaza.

Villegas y el alférez se despojaron de sus capas, que impedían sus movimientos y amartillaron sus pistolas.

—Vénganse vuestas mercedes —gritó el capitán.

—Reciban el saludo de nuestra amistad —agregó Pérez de Lerma.

Un grupo de alguaciles cargó sobre los dos corsarios.

Los amigos les aguardaban a pie firme. En sus ojos resplandecía una luz de inmensa alegría y sus dientes brillaban en una sonrisa feroz y atrevida.

Restallaron las detonaciones de las pistolas y cuatro esbirros cayeron por tierra. Rápidamente los jóvenes arrojaron las pistolas descargadas sobre sus enemigos y desenfundaron las tizonas.

Relampaguearon los aceros desnudos al ser heridos por la luz de los fanales y se oyó la risa de los españoles.

Esgrimieron las espadas y atacaron a los alguaciles. El chocar de los aceros aumentó la confusión de la multitud, que corría sin descanso.

Villegas descargaba golpes contra los alguaciles que les atacaban. Su tizona semejava un áspid que amenazaba a cada instante el pecho de sus enemigos.

Pérez de Lerma saltaba de un lugar para otro, evitando las espadas enemigas. Su acero parecía convertirse en mil que cerraban el paso a las armas contrarias.

Pero el cerco enemigo les hacía retroceder. Lentamente los dos jóvenes se replegaron, sin dejar de esgrimir sus tizonas. De vez en cuando se oía un grito de muerte y un alguacil o un soldado caía, empapado en sangre.

Casi todos los hombres de armas corrían hacia los dos españoles. El cerco amenazaba con ahogarles.

A pesar de la indiscutible maestría de los dos corsarios, las espadas enemigas eran un número abrumador y debían retroceder ante su ataque.

Villegas y Pérez de Lerma se defendían incesantemente. De pronto se encontraron junto a la plataforma donde se subastaban a los negros.

Con rapidez, Juan subió por la escalerilla, al tiempo que Diego atravesaba la garganta de un guardia gigantesco, que cayó obstruyendo el camino a los alguaciles que le seguían. A toda prisa subió entonces el capitán.

Juntos los dos corsarios en lo alto de la escalera impedían la subida a los guardias. La plataforma era demasiado alta para que subieran por otro lado y momentáneamente los jóvenes estaban a salvo. Cuando algún esbirro del Gobernador pretendía subir por la escalera, caía irremisiblemente atravesado por una estocada.

Algunos soldados de la guardia montaron las pistolas, para cazar a tiros a los dos españoles, pero el oficial que acompañaba al Gobernador se lo impidió.

Era orden expresa de Su Señoría que aquellos hombres debían ser capturados vivos, ya que era el único modo de aplacar a sus furiosos corsarios.

Y nadie dudaba en Port Royal que los españoles acompañaban al capitán Villegas. Lo único que no comprendían era por qué razón no acudían en su ayuda.

Mientras esto ocurría, Fajeda estaba buscando una manera de sacar a sus jefes de aquella apurada situación.

Aunque había descargado las dos pistolas, repartió unas cuantas cuchilladas al tiempo que se dirigía hacia la carroza de Lord Fromby. Tan sólo el cochero aparecía en el pescante. Los lacayos y escoltas habían corrido a proteger a sus jefes. Fajeda se detuvo junto al carruaje como si contemplase la reyerta. El cochero estaba tan distraído que no vio acercarse al catalán. Los, músculos de esté aparecían en tensión, dispuestos para la lucha.

De un salto se encaramó en el pescante y agarró el cochero por el jubón, al tiempo que le amenazaba, con la daga. El pobre hombre quedó tan asustado que no opuso resistencia, y, como un fardo, Pedro, le arrojó del pescante.

Luego, el catalán empuñó las; riendas y el látigo y fustigó a los caballos.

Con un gran estruendo de engranajes y de herraduras, traqueteando sobre el desigual empedrado, partió el coche a todo correr.

Fajeda comenzó a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Ahí voy, señor capitán!

Alguaciles y soldados cayeron arrollados por los corceles de la carroza, otros se apresuraron a huir, dejando el campo libre.

El coche se detuvo tan sólo un instante junto a la plataforma, y los dos corsarios, con las espadas desnudas en la mano, saltaron al pescante.

El látigo cayó de nuevo sobre los caballos y la carroza emprendió una carrera desenfrenada, saltando sobre los baches del terreno.

—¡Buen trabajo, Pedro! —exclamó Villegas dando una palmada en la espalda del escudero.

Fajeda se pavoneó de orgullo.

—Está uno muy avezado a los negocios de la guerra para que le sorprendan esos rubiacos —dijo con desprecio.

—A la primera ocasión te propondré para sargento —dijo Juan.

El escudero se volvió, vivamente asustado.

—No, mi señor alférez. Yo no quiero ascender. Quiero seguir siempre con don Diego.

—Si no te apresuras puede que nos separen para siempre-le advirtió Villegas.

Pedro no se lo hizo repetir y comenzó a fustigar a los caballos, pues los escoltas del Gobernados habían saltado sobre las sillas e iniciaban la persecución de los fugitivos.

Por una empinada calle ascendía la carroza seguidla por los jinetes de Lord Fromby. Los caballos de los soldados eran muy superiores a los del coche y poco a poco ganaban terreno.

Llegaron por fin a lo sito de la calle y Villegas ordenó que se parasen. Le obedeció el escudero. El capitán bajó y ordenó nuevamente.

—Desengancha los caballos.

Pedro cortó las riendas y al instante quedaron libres los corceles. Entonces Diego propuso:

—Enviémosles la carroza.

En un instante soltaron los frenos, empujaron el carruaje hasta que tomó de nuevo la pendiente y allá fué la carroza sin dirección, aumentando por momentos su velocidad.

De pie al final de la calle, los tres corsarios vieron cómo el coche arrollaba a los jinetes de Lord Fromby.

—Vamonos —propuso Villegas.

Ninguno; de sus amigos tuvo nada que objetar a esta proposición y, por tanto, se alejaron a toda prisa. Mientras marchaban, Pérez de Lerma exclamó:

—¿A dónde vamos? A la posada no podemos volver.

—Imposible —admitió Diego—. Nos reconocerían al instante.

—¿Entonces?

—Ocultémonos en una de estas casas.

Sin preocuparse de elegir, entraron en el primer portal que vieron abierto.

Subieron por la escalera, cuando un profundo suspiro les sobresaltó.

—¿Qué ha sido eso? —, quiso saber Villegas.

—Fui yo, señor —confesó Fajeda.

—¿Qué te ocurre? —preguntó extrañado el capitán.

Pedro exhaló un nuevo suspiro.

—Pienso, señor, en la magnífica espada que he perdido. Fiada muchos años que la empleaba y echaré de menos sus buenos servicios.

Para aquellos hombres de guerra, un arma era un compañero muy querido y su pérdida significaba un gran dolor.

Pérez de Lerma pasó el brazo por el hombro del escudero y exclamó:

—Comprando tus sentimientos, muchacho. Cuando volvamos al buque te regalaré la tizona que más te guste.

Consolado el catalán, los tres corsarios subieron por la escalera hasta llegar a una amplia habitación, en la que cosía una mujer de mediana edad y aspecto puritano. Su escuálido cuerpo aparecía vestido con unas severas ropas oscuras.

Al oír el ruido de las pisadas se puso en pie sobresaltada. Sus ojos

se dilataron con terror y se apresuró a cubrirse el cuello con las manos como si temiera alguna violencia.

—¿Qué hacen en mi casa?

—Nada —respondió Villegas— pasábamos por aquí y pensamos subir a saludar a vuestro esposo.

—Yo no tengo esposo —informó la mujer.

—¡Por Jové que es extraño! —afirmó Fajeda.

—¿Por qué es extraño?

—No comprendo que una dama de vuestra hermosura haya permanecido soltera.

La mujer sonrió con coquetería y la expresión de su semblante se suavizó.

—Tuve muchos partidos, pero no quise aceptar a ninguno que no fuera un digno caballero.

—¡Ah, señora! —continuó el catalán—. ¡Qué desgracia no haberos conocido antes!

Bajó la vista la mujer, con simulado rubor.

Fajeda se acercó a ella, luciendo su sonrisa más persuasiva.

—Creed que lamento los años que han pasado sin que mi mirada se pudiera recrear con vuestra hermosura.

Villegas y Pérez de Lerma se miraron, conteniendo la risa. Ignoraban qué podía salir de aquella escena, pero de momento el catalán había logrado aplacar la cólera de la mujer.

Pero en aquel instante se oyó una voz en la calle que gritaba:

—¡Los españoles se han ocultado en esta casa!

CAPITULO X

LA FUGA

La mujer pegó un brinco. Sus dilatadas pupilas contemplaban con terror a los tres hombres que se encontraban ante ella,

—¡Españoles! —exclamó— ¡Españoles!

Fajeda asintió.

—En efecto, señora. Somos españoles y nos hemos ocultado en esta casa. Ahora le ruego que no escandalicéis y que...

—¡Os equivocáis, caballero! —interrumpió la mujer—. Soy honesta y no tolero libertades.

—Y nosotros tenemos mejor gusto —añadió Pedro.

Villegas se adelantó hacia la mujer.

—Os ruego que calléis, pues no pretendemos otra cosa que ocultarnos.

—Me niego a que en mi casa se oculten asesinos —protestó la mujer—. Salgan inmediatamente de mi casa.

—Señora, pensad que... —añadió Pérez de Lerma, que comenzaba a impacientarse. Pero la mujer no le hizo caso alguno. Comenzó a gritar como una loca, encaminándose a la ventana.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que me asesinan!

De un tirón, Pedro la apartó con fuerza, arrojándola a un extremo de la habitación. La mujer le miró aterrorizada y quiso calmarle.

—¡Por Dios! —balbuceó—. No lo hice con, mala intención. Pueden quedarse aquí si gustan.

Pero los corsarios no la escuchaban. Permanecían atentos a los fuertes pasos que subían por la escalera. Las voces broncas y el tintinear de espuelas les indicaban que se trataba de soldados.

Una figura alta y maciza apareció en la puerta.

Vestía la casaca de teniente de mosqueteros y blandía, su desnudo acero. Detrás se veía los semblantes contraídos de sus soldados.

Con rapidez, el catalán alzó en vilo una pesada butaca y la arrojó con todas sus fuerzas. El mueble se estrelló contra la cabeza del teniente, que se vino al suelo con el cráneo destrozado.

Villegas y Pérez de Lerma corrieron hacia la puerta, desnudando sus tizonas.

Pedro se apresuró a recoger la espada del oficial y se dispuso a ayudar a sus jefes.

La puerta no era muy ancha y para franquearla los soldados debían vencer a los tres mejores espadas del Caribe.

En el primer encuentro dos mosqueteros cayeron atravesados de

una estocada. Los aceros chocaban con furor.

Villegas ordenó en castellano.

—Cierra la puerta, Pedro. Debemos huir de aquí.

El escudero se apresuró a obedecer las instrucciones de su capitán. Advirtió a los dos oficiales que se apartaran y cerró la pesada madera de la puerta. Como los mosqueteros no hablaban más que en inglés no habían comprendido las órdenes de Diego, y por tanto no esperaban aquello. Una de las hojas de acero de los soldados fué rota por la puerta.

El catalán dio vuelta a la llave y recorrió la habitación con la mirada.

—Atranquemos la puerta —propuso.

Sin vacilar un segundo, los tres corsarios amontonaron todo el mobiliario detrás de la puerta.

—¿Por dónde se va al tejado? —preguntó Fajeda a la mujer.

Esta, con mano temblorosa, señaló una puerta de tamaño más reducido.

—Por si acaso, será mejor que ella nos acompañe —propuso el catalán.

Villegas asintió.

—Así evitaremos que deshaga la barricada.

Sobre la puerta se oían los furiosos golpes que descargaban los mosqueteros.

Con un ademán, Diego invitó a que iniciasen la huida. Pálida como un espectro, la mujer acompañaba a Fajeda, indicándole el camino.

Cruzaron por otra habitación donde se veía unas capas y unos sombreros.

—Alto —dijo el capitán—. Sería conveniente que tomáramos una capa y un chambergo cada uno, puesto que de ese modo podríamos circular por la calle.

Lo hicieron así, continuando su camino hasta llegar a una buhardilla. Abrieron una ventana y salieron al tejado.

Antes de abandonar la vivienda, Fajeda se volvió a la mujer:

—¡Y si dices una palabra, volveremos para quemarte viva!

La impresión fué tan fuerte que la desgraciada puritana se desmayó.

Con gran precaución los corsarios se alejaron por el tejado, procurando no ser vistos desde la calle.

El sol se había puesto hacía tiempo, y las sombras de la noche invadían Port Royal. En la obscuridad brillaban los faroles de aceite que iluminaban las calles y las ventanas, que semejabán un cuadro amarillento. En lo alto, las estrellas parpadeaban sobre un cielo azul. Más allá del límite de viviendas, el mar semejava una colcha de plata.

Los aventureros se alejaron por los techos de las viviendas. De un momento a otro, los mosqueteros aparecerían en el techo de la casa de la puritana, y en modo alguno les interesaba entablar un combate en aquellas alturas. Al ruido de la pelea acudirían más soldados y les capturarían, y en los cálculos de los tres corsarios para nada entraba una prisión ni un patíbulo.

Si debían morir, que al menos fuera en campo abierto, contemplando el estandarte de su patria que ondeaba victorioso.

Mientras saltaban por los tejados, murmuró Fajeda:

—Esto me recuerda cuando era chico y asaltaba los huertos.

A lo lejos oyeron voces y ruidos de pasos. Eran los mosqueteros, que habían logrado deshacer la barricada.

Con toda seguridad rodearían la manzana de casas. Debían alejarse todo lo posible, puesto que de otro modo iban a capturarles.

Durante un buen rato continuó la persecución por los tejados. Los corsarios habían logrado alejarse lo suficiente para que no les vieran los mosqueteros.

Al fin vieran una callejuela solitaria. Con gran trabajo y mucho cuidado se descolgaron por una cañería.

Una vez en tierra, embozados en las capas y con las tizonas dispuestas para cualquier contingencia, echaron a andar.

Sin detener su marcha, Villegas informó a sus compañeros:

—Debemos dirigirnos hacia el puerto. Es nuestra única solución. Allí podemos apoderarnos de una embarcación ligera y hacer rumbo hacia la Isla de las Animas.

—Antes debemos averiguar la residencia de Ezequiel Stmith o de Mordaunt.

—Suponiendo que sea el mismo.

—Estoy seguro que lo es —aseguró Fajeda.

—Yo también lo creo —corroboró Diego—, Ahora lo más importante es cómo vamos a averiguar lo que nos interesa.

—Se lo preguntaremos a alguien —propuso Pérez de Lerma.

—Sí, ¿pero a quién? —quiso saber el catalán.

Durante unos instantes no hablaron, tratando de encontrar respuestas a esta pregunta. Tan sólo se oían sus pasos sobre el empedrado.

De improviso, el capitán exclamó:

—Creo que ya lo tengo.

Fajeda ahogó un grito de júbilo.

—Ordene vuesa merced quién puede informarnos y le juro que se lo traigo aquí aunque sea el propio Gobernador,

—Los negreros deben saberlo. Lo mejor es dirigirnos hacia el lugar donde tienen encerrados a los esclavos,

—No es lejos del muelle —advirtió Juan.

En silencio los tres hombres se encaminaron, hacia el puerto. Las desiertas callejuelas se veían plagadas de sombras, Los faroles de aceite, al ser agitados por el viento, creaban fantasmas y formas espectrales.

Aspiraron nuevamente el perfume salino del mar y el olor a pescado que caracteriza a los muelles.

En breve llegaron al puerto. Los mástiles de los navíos se balanceaban acompasadamente. La luna arrancaba destellos plateados de las quietas aguas.

De pronto Diego hizo una señal y los aventureros se ocultaron en la sombra.

Cinco marineros marchaban tranquilamente por la calzada. Uno de ellos preguntó:

—¿Sabéis si ya han capturado a los españoles?

—Claro que sí—respondió otro.

—Aun no —intervino un tercero mejor informado.

—Es lo mismo. Caerán más pronto o más tarde. No puedan —huir de Port Royal.,

En la oscuridad brillaban los blancos dientes de Fajeda.

—Veremos —murmuró.

Los marineros se alejaron sin apresurarse. Sus pasos y sus voces se fueron apagando en la distancia. Reanudaron su marcha los corsarios, encaminándose hacia el lugar donde se alzaban los tinglados en que encerraban a los esclavos.

Un fuego ardía junto a las construcciones de madera. Varias siluetas se veían agrupadas alrededor de la fogata,

Los aventureros se ocultaron de nuevo en las sombras y aguardaron.

Hasta ellos llegaba muy claramente la conversación de los negreros.

—Esos españoles nos han estropeado el negocio.

—No te preocupes. Mañana se celebrará de nuevo el mercado.

—¿Podremos hacerlo?

—Sí. Los españoles no son más que tres y en breve serán capturados. Al principio se creía, que todo «El Antillano» había desembarcado aquí.

—¡Líbrenos el Señor de trescientos españoles sueltos por la ciudad!

—No debes preocuparte —dijo el que parecía figurar más que ninguno—. Me marchó. Hasta mañana.

Se alejó, internándose por la calleja, en que se ocultaban los corsarios. Fajeda indicó a los oficiales que él se comprometía a capturar al negrero.

Aguardaron a que pasara ante ellos y entonces el catalán le

descargó un puñetazo en la cabeza. El inglés cayó desvanecido como un fardo. Pedro le envolvió en su capa, y, con suma facilidad, se lo cargó al hombro.

—¿Dónde vamos ahora, capitán?

—Hacia la playa.

En silencio y procurando que nadie les descubriese, los corsarios se alejaron de la ciudad. Quedó a lo lejos el muelle donde atracaban los buques mercantes y cruzaron aquel donde se detenían los pescadores. Al fin llegaron al lugar donde ya no se alzaban chozas ni edificios. Tan sólo se veía una larga extensión de arena y las negras copas de unos cocoteros recortándose sobre el firmamento. Las olas rompían perezosamente sobre la playa y las estrellas y la luna se reflejaban sobre las oscuras aguas.

Fajeda, con muy pocos miramientos, arrojó al negrero sobre la arena. Luego le humedeció la cara con agua de mar. Pronto volvió en sí y miró a su alrededor sin comprender lo que había ocurrido.

Pedro le obligó a levantarse sujetándole por el jubón. A la luz de la luna brilló la daga del escudero.

—¡Óyeme, perro! —exclamó—, quiero que me digas dónde vive Henry Mordaunt.

El negrero estaba tan sorprendido que no comprendió la pregunta.

—¿Henry Mordaunt?

—Sí. Quiero saber dónde vive.

Se rascó la cabeza el inglés. Por lo visto aun le dolía el golpe.

—Todo el mundo sabe dónde vive Henry Mordaunt —balbuceó.

—Pero yo quiero que me lo digas tú. ¡Rápido!,

Entonces comprendió el prisionero con quién se las había.

—¡Los españoles!

—Eso mismo —asintió Villegas,— y más vale que contestes, porque mi escudero tiene poca paciencia.

El inglés no respondió.

—¿Dónde vive Mordaunt?

—No lo sé.

—¡Mientes! —rió Fajeda—. Tú mismo aseguraste que todos en Jamaica lo sabían.

El negrero se mordió los labios. Se oyó una seca risa de Pedro y los dedos del catalán se cerraron alrededor del cuello del inglés. La férrea presión hizo enrojecer al prisionero. Se dilataron sus ojos como si fueran a saltársele de las órbitas. El escudero le soltó. Como un fardo cayó a tierra el negrero, acariciándose el cuello, al tiempo que se tocaba la garganta.

Pedro aguardó a que el prisionero se repusiera y preguntó:

—¿Vas la contestarme o prefieres que empiece otra vez?

—¡Hablaré, hablaré!

—Más vale —dijo Villegas—pero quiero advertirte que vendrás con nosotros y que si nos engañas te costará la vida.

—¡Juro que diré la verdad! —exclamó el negrero, viendo que Fajeda se acercaba esgrimiendo su acero—. Henry Mordaunt vive en la parte sudoeste de la isla, cerca de Spanish Town⁷.

—¿Dónde está situada su casa?

—En una plantación, que se llama «Loyalty»⁸.

—¿Has estado allí?

—Sí. Varias veces.

—¿Tiene un esclavo irlandés?

El negrero calló un instante.

—Creo que sí. Recuerdo haber visto a un hombre joven cuya pronunciación era inconfundible de aquella isla. Cosa que me extrañó, pues Mordaunt odia a los irlandeses.

Villegas sonrió triunfalmente,

—Hemos vencido. Vamonos.

ANECDOTAS

DIGNO DE UN REY

El Ayuntamiento de Sevilla reunióse en sesión oficial para organizar grandes festejos con ocasión de la visita anunciada por el Rey Felipe IV. Cada uno de los ediles se pronunció por su programa favorito: bailes, funciones, corridas de toros, etc., sin que llegase a adoptarse ningún acuerdo. Finalmente tomó la palabra uno de los regidores, mostrando en su cara huella de íntima satisfacción.

—Señores —dijo con énfasis—, reconozco sin ninguna clase de modestia que nada de cuanto se ha dicho puede superar a mi idea. Dejémoslos de festejos populares, impropios de nuestro querido Rey, y organicemos sin tardanza una Semana Santa. Ningún pueblo puede superar a Sevilla en este aspecto y a Su Majestad le complacerá muchísimo ver la perfección con que sabemos celebrarla.

Y viendo asomar la sonrisa en más de una cara, añadió:

—No importa que estemos en Noviembre. Este será nuestro mayor mérito.

LA MEJOR HORA

Un señor que era tan rico como celoso de su salud, quiso saber a ciencia cierta cuál era la mejor hora para comer. A tal fin reunió a cuatro médicos, los cuales contestaron a su pregunta de diferente manera.

Uno afirmaba que debía comerse temprano, a eso de las diez; otro a las once, y un tercero, a mediodía. Por último el más viejo sentenció:

—Señor, la mejor hora para comer, aunque parezca mentira, tiene relación estrecha con la bolsa de cada cual. Para el rico es aconsejable hacerlo cuando tiene gana, y para el pobre, cuando tiene de qué.

CAPITULO XI

LA ISLA DE LAS ÁNIMAS

Flajeda hizo ponerse en pie al negrero y le invitó a que siguiera adelante. Le obedeció el inglés y Pedro se colocó a su lado, apretando la daga contra los riñones del prisionero.

—Al primer movimiento sospechoso te pincho —informó.

A toda prisa regresaron a la población. Las calles se veían tan oscuras y solitarias como hacía unas horas. Llegaron por fin al muelle de los pescadores y se detuvieron.

Diego buscó una embarcación sólida que pudiera conducirlo a la Isla de las Ánimas. El capitán la señaló y los corsarios, junto con el negrero, saltaron a bordo. Cortaron las amarras y, con gran precaución, salieron del puerto de Port Royal.

* * *

La lancha surcaba las aguas, alejándose de Jamaica. El sol resplandecía en su diáfano cielo y el mar centelleaba, despidiendo miles de resplandores.

Sentados en la popa, Fajeda y el prisionero mantenían la dirección de la lancha. Villegas y Pérez de Lerma, en mangas de camisa, descansaban tumbados sobre la proa.

En el horizonte se perfiló una forma oscura, que lentamente se fué haciendo más clara hasta convertirse en una isla.

Hacia el mediodía los aventureros navegaban] a través de los islotes señalados por Ohando. No tenían mucha extensión pero se hallaban cubiertos de follaje.

Al fin hallaron la Isla de las Animas. Enfilaron su embarcación hacia la playa, donde sus corsarios les recibieron con grandes gritos de júbilo.

La caleta donde Martín había ocultado sus buques era un verdadero baluarte en el que nadie podría entrar en caso de que los defensores lo dispusieran.

El piloto, Alonso y la mayor parte de los hombres salieron a recibir a su capitán.

—Haceos cargo de ése —ordenó Diego, señalando al prisionero—. Queremos comer y descansar.

No debieron repetirlo dos veces. Convenientemente custodiado, el negrero fué conducido a la bodega de «El Antillano». El pobre hombre no comprendía cómo su vida había sufrido aquel cambio tan brusco.

El día anterior era capataz de los negreros; entonces se había convertido en un prisionero de los corsarios españoles.

Villegas, Pérez de Lerma y Fajeda comieron en la playa. Sus hombres habían pescado tortugas y cazado aves y cervatillos que vivían en la isla y que sirvieron a sus jefes.

Después, los corsarios se tendieron en sus literas y durmieron hasta la hora de la cena, que fué servida en el alcázar de popa de «El Antillano».

Villegas y Pérez de Lerma vestían nuevamente sus trajes habituales. Martín, Alonso, Margarita y Rebecca les recibieron con gran ansiedad. Mientras comían Diego explicó todo lo que en Port Royal habían descubierto. La Máscara le escuchaba atentamente. Cuando concluyó el capitán, la muchacha quedó silenciosa.

—De ese modo veréis, señora mía, que los soldados resultan también útiles —dijo Pérez de Lerma muy ufano.

Rebecca le miró un instante, pero nada respondió.

Diego ordenó entonces a su escudero que trajese al cautivo.

Al poco rato entró el negrero, cuyo nombre era Jabez Wells.

—Este es el hombre que nos informó de lo que os hemos relatado. Rebecca dirigió al inglés una mirada de odio.

—¿Encontraremos allí a Henry Mordaunt? —preguntó el capitán.

—Después de cada mercado marcha allí a descansar —respondió Wells.

—¿Tiene la casa defensas militares?

—En cierto modo —explicó Jabez—. La casa posee buenos muros y está bien acondicionada. Se alza al final de la playa.

—¿Cuántos hombres la defienden?

—Unos cien, bien armados.

Villegas se atusó el bigote un instante.

—Zarparemos mañana al amanecer.

* * *

La noche envolvía la costa de Jamaica. La luna se había ocultado tras unas nubes y la obscuridad era completa.



Los botes fueron botados al agua

Desde el puente de su galeón, Diego contemplaba las luces de la costa. Era la única guía que tenían para asaltar la plantación Loyalty».

Al lado de su capitán se encantaba Ohando, Fajeda y Jabez Wells.

En la cubierta formaban los hombres, dispuestos para entrar en combate. Pérez de Lerma, en la nave pirata, formaba a los corsarios, con la ayuda de Alonso de Guevara.

Villegas se volvió al piloto.

—Que preparen las lanchas.

Se oyó el silbato del contraamaestre y en, el buque de La Máscara repitió Kimberley la misma operación.

Los botes fueron botados al agua. En perfecto orden, corsarios y piratas los fueron ocupando. Luego, los jefes de los distintos grupos se situaron en la proa, En el del capitán entró La Máscara. Fajeda se colocó junto a Jabez.

—Ya sabes —le dijo—, si nos traicionas te mataré como a un perra.

Villegas le sonrió a Rebecca. En la obscuridad se destacaba el semblante de la joven.

—¿Estáis inquieta?

La muchacha quiso devolverle la sonrisa.

—Por primera vez tengo miedo.

—¿Miedo? —preguntó el corsario con extrañeza—, ¿A qué?

—No sabría decirlo.

Los remos enfundados impulsaron silenciosamente a las lanchas. Por fin, distinguieron la franja oscura que formaba la playa.

Ordenadamente soltaron a tierra corsarios y piratas. Los botes quedaron bajo la vigilancia de El Tuerto y un grupo de marineros.

El resto de la fuerza se internó en la playa, ocultándose entre la maleza. Kimberley y Leyden se adelantaron, montando escuchas. Los demás se tendieron en tierra y aguardaron pacientemente a que llegara el nuevo día.

Nadie hablaba. El silencio más absoluto se extendía por la tierra. Semejaba imposible que allí se ocultara una tripulación belicosa que tenía aterrorizados a los filibusteros.

Lentamente llegó el nuevo día. Las sombras de la noche se tiñeron de gris. Luego, una claridad lechosa permitió que los objetivos se hicieran visibles. En el horizonte se alzó una luz rojiza que se extendía por todo el firmamento. Después, el sol tendió sus rayos limpios y claros sobre la tierra.

Villegas se puso en pie.

—¡Adelante!

De entre la maleza surgió, como por ensalmo, unía fuerza de hombres curtidos y semidesnudos. Con las armas en ristre avanzaron hacia la plantación que se alzaba no lejos de la playa.

En el centro marchaban Diego, acompañado por La Máscara y por Fajeda. Jabez Wells se mordía los labios con desesperación. En vanguardia avanzaban los pelotones de Leyden y de Kimberley, mandados por Juan Pérez de Lerma, que sonreía al pensar en la sorpresa de Henry Mordaunt al verse atacado por los hombres que creía prisioneros.

El ala derecha la mandaba Ohando y la izquierda Alonso de Guevara.

En silencio mancharon hacia la plantación, Las armas se veían dispuestas para prevenir cualquier ataque.

En la residencia de Mordaunt comenzaban a verse señales de vida. Algunos hombres salían de la, mansión, realizando diversos trabajos en el jardín.

Por medio de Menergas, Villegas ordenó al alférez que se detuviera. Habían llegado ya al límite del bosque y para llegar a la plantación debían cruzar una larga franja de terreno desnuda de árboles. Inevitablemente les verían desde la plantación y tras los gruesos muros podían organizar una dura resistencia que ocasionaría muchas bajas. Y esto no entraba en los cálculos de Diego.

Distribuyó el capitán sus hombres en formación de ataque y se colocó a la cabeza, Sus oficiales se hallaban pendientes de él. A su lado Rebecca Grattan aparecía pálida y demudada. Los corsarios y los piratas se apoyaban en las armas, aguardando la orden de ataque.

Villegas desnudó su tizona, que relució al contacto del sol.

Al instante, espadas y machetes fueron desenvainados con un sin fin de destellos. Las picas y las alabardas enfilaron hacia el enemigo. Los arcabuces fueron cebados y amartillados los gatillos de las pistolas.

Blandió en alto su tizona el capitán.

—¡Santiago y cierra España!

De la espesura se alzó un aullido feroz y un enjambre de hombres tostados y sonrientes cargó sobre la plantación. Avanzaron por la faja de tierra a todo correr, blandiendo sus armas y gritando como demonios.

Los que trabajaban en el jardín de la plantación les vieron cargar furiosamente. De momento quedaron inmóviles y estupefactos por aquel ataque que no esperaban. Pero luego reaccionaron algunos y echaron a correr hacia la casa, dando la alarma.

Cuando subieron los primeros defensores, disponiéndose a la lucha, los españoles les saltaban por encima de las murallas, invadiendo el jardín.

Los sirvientes de Mordaunt se vieron envueltos por aquel tropel de furiosos luchadores. El núcleo principal invadió la, vivienda, registrando las habitaciones y ocupando las salidas, Todos los que intentaron resistirse cayeron acuchillados. La mayoría prefirió rendirse.

CAPITULO XII

EL FIN DE LA MASCARA

Custodiados por los corsarios, todos los habitantes de la plantación salieron al jardín. Rebecca les fué examinando con atención. La ansiedad se reflejaba en su semblante. Se volvió hacia Villegas, moviendo la cabeza con desesperación.

—No está aquí —dijo.

Iba a responder Diego, cuando se oyó la voz de Fajeda,

—¡Ya le atrapé!

Se volvieron hacia la mansión todas las miradas, para ver a Pedro que salía arrastrando a un hombre cuya cara se veía cubierta por una maraña de pelos. Le faltaban las orejas.

El catalán le obligó a incorporarse e hizo que se enfrentara, con La Máscara. Lanzó un grito, la muchacha.

—¡Este es Ezequiel Smith!

—No —replicó el aludido—. Soy Henry Mordaunt.

La joven se despojó de su chambergo, permitiendo que el sol le diera en su semblante.

—¿Me conoces ahora? ¿Has olvidado a Rebecca, la hija del barón de Dumisdane, al que tú traicionaste?

El negrero palideció, pero no pudo hablar.

—Durante mucho tiempo te he buscado, pero ahora te tengo en mi poder. No te escaparás.

Pérez de Lerma se acercó al capitán.

—Diego, hemos encontrado las habitaciones de los esclavos. Están sujetos con cadenas y no hay manera de soltarlos.

Villegas se volvió a los cautivos.

—¿Quién tiene la llave?

Nadie respondió.

—He preguntado que quién tiene la llave.

Mordaunt quiso resistirse.

—Esto es un atropello...

La punta de la daga de Pedro, al clavársele en las costillas, le obligó a enmudecer. Entregó lo que le pedían sin chistar.

Pérez de Lerma, el capitán y Rebecca se dirigieron hacia el lugar donde se encerraba a los esclavos. Delante de la puerta del barracón se veía un poste donde se azotaba a los castigados.

El barracón apestaba a suciedad, a sudor y a paja podrida. Doscientos hombres escuálidos, roídos por la miseria y la fiebre, permanecían sujetos a la pared por una cadena. El capitán abrió el

candado y los libertó.

—Sois libres —dijo en castellano y después repitió las mismas palabras en inglés.

Incrédulos, los esclavos fueron saliendo de su alojamiento. Contemplaban con asombro a los corsarios.

Villegas les repetía:

—¡Sois libres, sois libres!

En los semblantes de los esclavos comenzaba a arder una nueva esperanza. Eran irlandeses rebeldes, españoles capturados por los bucaneros y comerciantes portugueses.

Rebecca examinaba las caras barbudas que pasaban ante ella. Sus ojos febriles buscaban un rostro, grabado a fuego en su memoria.

De pronto, alguien la llamó por su nombre, se volvió para ver a un esclavo, vestido con harapos que se acercaba con paso vacilante. De momento no le reconoció.

—¡Rebecca!

—¡Alexander!,

Los dos enamorados se fundieron en un estrecho abrazo, La joven examinaba con atención el semblante de su amado, que revelaba las penalidades sufridas, y la valerosa mujer, que había desafiado todas las flotas del Caribe, apoyó la cabeza en el huesudo hombro de Macmahon y rompió a llorar.

Pero enseguida se rehizo. Se volvió hacia Villegas y exclamó:

—Don Diego, deseo castigar a Smith.

Alexander intervino.

—Soy yo quien debe hacerlo.

—No se encuentra en condiciones de luchar —dijo Villegas, encaminándose hacia el jardín.

Mientras, los corsarios explicaban a los esclavos que se encontraban en libertad y que les trasladarían a una colonia española.

Rebecca se enfrentó con Mordaunt:

—Fuiste un traidor al hombre que te salvó. Por tu culpa murió mi padre. Mi novio sufrió un horrible cautiverio e Irlanda continúa sojuzgada. Debes morir, pero no te asesinaré —dijo la muchacha empuñando su espada—. Dadle un arma.

Un corsario le lanzó una tizona que tomó el negrero.

Por fin, al cabo de tanto tiempo, se encontraban frente a frente. Con furor se agredieron, buscando un descuido del contrario para poder arrancarle la vida.

Mordaunt, o Smith, esgrimía con habilidad, pero La Máscara había vencido a muchos considerados como los mejores espadas del Caribe.

Mientras luchaba, Rebecca recordaba a su padre y a todos los que cayeron merced a la traición del negrero.

Los corsarios, los piratas y los cautivos habían formado un círculo alrededor de los luchadores. Los aceros chocaban con fuerza.

Los ojos de Mordaunt se habían empequeñecido y se batía con la desesperación de la muerte. Rebecca luchaba con frialdad, sin arriesgarse.

Debía concluir con aquel hombre cruel y traidor.

Bajo el sol del Caribe se liquidaba urna antigua deuda que comenzó entre las plomizas nieblas de Irlanda.

Mordaunt dirigió una finta al vientre de La Máscara y luego una estocada al hombro, que la muchacha paró, dirigiendo a su vez un golpe al pecho de su contrario. Por una casualidad logró éste desviar el acero.

Un suspiro se escapó de todos los labios. En los semblantes se veía retratada la ansiedad que sentían.

De pronto, Mordaunt se tiró a fondo. Pero manteniendo el brazo algo encogido y él mismo se clavó la espada de La Máscara.

Rebecca contempló el cuerpo que se retorció en los estertores de la agonía.

Había vengado todas las injurias recibidas.

—Vamonos —le suplicó a Villegas.

Cuando los corsarios y los esclavos libertados se alejaban en las lanchas, una columna de humo señalaba la plantación «Loyalty», que se convertía en cenizas.

* * *

Los dos buques navegaban con rumbo hacia La Española. La isla de Jamaica quedaba ya muy lejos y el sol se había puesto en el horizonte.

En el puente de la nave pirata, Pérez de Lerma contemplaba la noche tropical. El alférez se sentía satisfecho. Habían ayudado a aquella muchacha tan valiente. Alonso se reunió con su novia y él había gozado de nuevas aventuras. ¿Qué más podía desear?

Unos pasos quedos le hicieron volverse. A su lado se encontraba La Máscara. Juan torció el gesto y contempló a la joven con orgullo. Aunque le odiase no podía negar lo mucho que había contribuido para concluir su empresa con buen fin.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señora.

Rebecca quedó un instante confusa. Pérez de Lerma, para romper la tensión, preguntó:

—¿Cómo se encuentra el alférez Macmahon?

—Ahora descansa. La esclavitud le había agotado mucho.

Hubo un nuevo silencio.

—¿Qué pensáis hacer? —preguntó nuevamente Juan.

—Mañana nos separaremos. Vamos a arrojar nuestros cañones al mar, es la voluntad del capitán, y con mis hombres y los esclavos que deseen seguirme nos dirigiremos hacia Tierra Firme. Allí comenzaremos todos una nueva vida.

—Celebraré que el cielo os ayude.

—Si esto se logra, no podré olvidar nunca lo mucho que me habéis ayudado.

—Era nuestra obligación de caballeros.

—Sin vuestro valor y vuestra energía, jamás hubiera concluido mi empresa con tanta dicha. A vos principalmente quiero daros las gracias y rogaros que perdonéis mi antigua hostilidad que demostré hacia vos,

—¡Nada tengo que perdonaros.

—Sí. Al principio os juzgué mal. Creí que erais un hombre sin conciencia, que tan sólo pensaba en vuestro goce. He comprendido que estaba muy equivocada. Debéis perdonarme y aceptar mi gratitud.

—Me siento más que pagado al ver vuestra felicidad —dijo Juan.

Rebecca tomó su espada y se la ofreció al alférez.

—Pertenecía a mi padre —explicó—. Con ella di muerte al traidor Smith. Os ruego que la conservéis como recuerdo mío.

Aceptó el regalo Pérez de Lerma y galantemente besó la mano de La Máscara.

* * *

A la mañana siguiente, las dos naves se separaron. Los cañones piratas fueron arrojados al mar. Rebecca se despidió de los oficiales que la habían ayudado en su empresa. Regresaron los corsarios a «El Antillano» y los piratas y los esclavos irlandeses se embarcaron con La Máscara encaminándose hacia Tierra Firme.

Villegas condujo a Margarita, y a Alonso a la Isla de San Juan, donde el Gobernador Monterrey cubrió de honores a los aventureros.

No sin pesar se despidieron de tan generoso huésped y se dirigieron a recoger el botín que habían depositado en distintas colonias. Entonces pusieron proa a Santo Domingo.

Los corsarios se sentían satisfechos. Aquella aventura les divirtió y ahora se dirigían a La Española, cargados con un enorme botín. Se hallaban ansiosos de diversiones y con la parte que a cada uno le tocaba podrían disfrutar de los placeres que tan agradables les eran.

Santo Domingo les recibió como a un hijo prodigio. Hacía tanto tiempo que faltaban de la ciudad, que cuando el vigía de la fortaleza anunció que «El Antillano» entraba en el puerto, todos los habitantes de la ciudad se dirigieron al muelle para recibirles.

Marineros y soldados agitaban sus chambergos y sombreros de paja, para testimoniar su alegría. Las muchachas les saludaban con blancos pañuelos, sonriendo con coquetería.

Había corrido la noticia de que el galeón corsario había sido hundido, pero nadie lo creyó. El capitán Villegas no podía morir.

Cuando el banco atracó, un griterío ensordecedor se alzó en el muelle. Todos querían saludar a los corsarios y éstos a su vez respondían alegremente.

De pronto se oyó un galope de caballos y el almirante, rodeado por una escolta de jinetes, entró en el puerto.

La multitud le abrió paso y don Juan Francisco de Montemayor subió a «El Antillano».

Los centinelas presentaron armas, mientras formaba lía tripulación. El almirante revisó a los corsarios, de los que tan orgulloso se sentía. A su lado, Villegas se mantenía en rígida posición de firmes.

—Bien, señor capitán —dijo Montemayor—. Bienvenido a Santo Domingo.

—Gracias, excelencia.

—¿Os ha acompañado la fortuna en esta expedición?

—Así es, excelencia,

—Entonces, ¿habéis capturado a La; Máscara?

Villegas sonrió.

—No, señor almirante, pero podéis decir a los marinos que La Máscara ya no asaltará más buques ni nadie se verá molestado por ella.

—¿Es que ha muerto? —indagó Montemayor.

—En cierto modo, así es —respondió el corsario.

fin

Créditos

Titulo:*La venganza de La Máscara*
Textos de J. León
Dibujos de Francisco Batet
Editorial Cliper, 1949
Colección:*El Corsario Azul*

Maquetado a partir de una aportación de *danielus* en ExVagos
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura

notes

Notas a pie de página

¹ Cisnes voladores.

² Abanderado, grado similar al de alférez.

³ Se llamaba así, en el siglo XVII, a los coraceros.

⁴ Tribunal secreto de Inglaterra donde se juzgaba a los enemigos de la Corona, en el que no podían los reos defenderse.

⁵ Así llamaban en el siglo XVIII las Antillas. En la actualidad reciben este nombre en inglés.

⁶ El Unicornio Blanco.

⁷ Ciudad española.

⁸ Lealtad